

TESELA

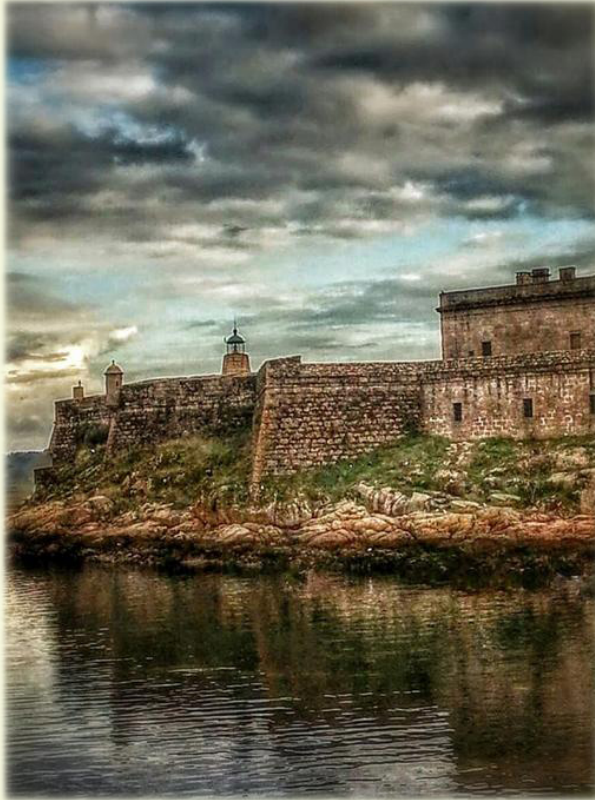


ayuntamiento de
ALCÁZAR
DE SAN JUAN



Patronato
Municipal
de Cultura

CUADERNOS MÍNIMOS - PATRONATO MUNICIPAL DE CULTURA, Nº 67



CUENTOS HISTÓRICOS III

Mariano Velasco Lizcano

CUENTOS HISTÓRICOS III

Mariano Velasco Lizcano



Edita:

Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan
Calle Goya, 1
Teléfono (926) 55 10 08

Ilustración de portada: Isabel Pacheco.

D.L.: CR-704-2016

INDICE

Prólogo	5
A galeras o Almadén	9
El motín del «Tío Conejo»	15
De alias, «el Repretao»	21
¡O todos, o ninguno!	25
Angustias, anarquista y mujer	35
El alcalde de Zalamea	41
El proceso	47
Como lobos	55
Epílogo	61

PRÓLOGO

La colección de cuentos históricos de Mariano supera generosamente, con esta tercera entrega, la cifra de la docena. Se presentan como piezas esperadas por el lector, narraciones que a su autor le abrumó dar a la imprenta y sobre las que se ha asegurado su interés literario testándolas en diferentes convocatorias de certámenes y concursos en las que han resultado ampliamente galardonadas.

Pero eso era de esperar. El proyecto literario de Mariano viene ya cuajado desde lejos, desde su *"Escribir a Laura"*, su primera entrega que obtuvo el premio Carta Puebla en 1995, hasta el momento actual en el que no ha dejado de regalarnos el sentimiento con sus novelas. Al margen de sus aportaciones a los estudios medio ambientales de la cuenca del Guadiana.

Como lector de su producción, me cuesta trabajo decidir si la obra literaria de Mariano Velasco Lizcano (1956) nace de la necesidad de contar, como en la mayoría de los autores, o, por el contrario, es una estrategia elaborada para divulgar los enigmas y las claves del territorio de La Mancha y de la cuenca del Guadiana. En el fondo es su territorio, su paisaje, sus gentes, sus costumbres y sus valores. En definitiva, su historia y el universo literario de Mariano Velasco.

Encuentro cierto paralelo en ello con *"El llano en llamas"* donde J. Rulfo (1953), en un periodo concreto, nos va descubriendo la tierra y la personalidad de sus personajes. *Ya mataron a la Perra, pero quedan los perritos...* En el caso que nos trae hoy, los personajes sobreviven al fracaso endémico de la tierra que habitan.

Conociendo la obra y las inquietudes de Mariano, la pregunta que nos hacemos es: ¿Pero por qué escribir cuentos de contenido histórico en vez del análisis socio-histórico que Mariano podría hacer perfectamente? Esta es una decisión compleja en la trayectoria de un autor, una decisión basada en una intencionalidad pedagógica. Mariano no escribe para entretener, escribe para divulgar hechos y actitudes de los personajes, lo hace con

la intención de contribuir a provocar la reflexión. Es un activista social que utiliza la literatura histórica como herramienta. "Lo que no explica la genética o la fisiología, lo explica la sociología" dice J. L. Sampedro, en "*La sonrisa etrusca*".

Algunos de los cuentos de Mariano pueden ser considerados preludeo de sus novelas, como el caso de "Canana, soldado español" que tiene su prolongación en la última novela publicada sobre la presencia de los soldados manchegos en la guerra de Cuba, *Carne de cañón*. Otros van germinando de forma aislada o en conjunto en el resto de sus publicaciones. Pero todos tienen también la característica común de recrear de manera muy asequible los hechos históricos, para ser elementos divulgativos del pasado, que pueden servir de vigías para el presente y referentes en el futuro. La idea de Mariano como la de muchos otros, es la de conocer el pasado, para no repetir sus errores.

Con lo que nuestro autor no quiere contar es que cada tiempo y cada escenario social producen respuestas diferentes, sin garantía real de que conocer el pasado mejore el presente.

Ahora, en esta nueva entrega, se popularizan aspectos interesantísimos de la historia de La Mancha que, aunque durante decenios han formado parte de la cultura popular, necesitaban una profundización en sus causas y un análisis en sus efectos. El trabajo sobre los penados en las minas de Almadén, los abusos del precio del pan, que dieron lugar a tantos conflictos en La Mancha, o el todavía inconcluso análisis de la Guerra del 36 y su contexto son los temas mas candentes de esta nueva entrega. Nos invita Mariano Velasco a acercarnos a ellos y con ellos estoy convencido de que la mayoría de los lectores aprenderemos algunas cosas y pasaremos ratos de emoción.

Esta forma de escribir de Mariano, a modo de cuento histórico, la encontramos muy asentada en grandes autores desde el siglo XIX: Galdós, Larra, Espronceda o Cánovas del Castillo y el mismo Emilio Castelar, hicieron aportaciones en este sentido. En otras lenguas, A. Dumas, Walter Scott o L. Tolstói, entre otros narradores, son casos emblemáticos. Pero cuáles son las características básicas de lo que podríamos llamar el cuento histórico. Creo que hay dos irrenunciables: una, la posibilidad de comprobar el hecho que se narra, manteniendo la veracidad y los personajes principales; y otra, la incorporación de una ficción equilibrada, creíble y acomodada al hecho histórico. En un segundo plano identificamos ciertas intenciones, como la de divulgar un hecho concreto del pasado con

datos reales, o la de moralizar con reflexiones, pretensiones pedagógicas o crudos testimonios cuando es posible.

Sobre la función del escritor se debaten corrientes que Mariano conoce perfectamente como los casos de Brecht y Lukács, autores cercanos entre sí, que desarrollan dos teorías del arte contrapuestas sobre el realismo desde el materialismo histórico. Para Lukács la catarsis, en sentido ético, es la función del arte; para Brecht, educar hacia el cambio social: «No aceptes lo habitual como cosa natural... nada debe parecer imposible de cambiar.»

Nosotros, como lectores de la obra de Mariano Velasco, dejaremos los análisis en la mochila, pero tampoco nos quedamos con aquella frase tan usada por algunos pintores, *"para saber si un cuadro es bueno, tienes que decidir si estas dispuesto a colgarlo en tu casa"*. Para decidir si la obra de arte es interesante hay que sentir una parte del lector o del espectador en ella. La posibilidad de recordarse, identificarse o aventurarse en la obra artística, es lo que le da verdadero valor. En el caso de estos *Cuentos históricos III* de Mariano Velasco, eso resulta muy fácil, porque los cuentos hablan de nuestro paisaje, nuestro pasado y, a veces, de nosotros mismos porque en los rasgos de humanidad de sus personajes nos vemos reflejados como en el espejo íntimo de nuestra casa.

Espero avieso lector, dejarte con la duda, de si son tan interesantes estas lecturas. Por eso te inquiero para que comiences a leer.

José Fernando Sánchez Ruiz

A GALERAS O ALMADÉN

En 1593, el escritor y novelista, Mateo Alemán, fue contratado para inspeccionar las minas del «azogue» de Almadén. La investigación se puso en marcha a raíz de ciertas «hablillas y murmuraciones» sobre los malos tratos que recibían los galeotes y forzados que en ella cumplían condena.

Me llamo Marcos Hernández y tengo como principal virtud la de ser un forzado de los que rinden condena en las minas de Almadén. Y aunque piense que poca virtud ha de parecer, a mí me ha de servir para dejar constancia de tanto maltrato y tanta penuria como sufrimos aquí. Porque hombres somos, que no animales, y si alguno equivocó su vida, obligado por las circunstancias fue, que ninguno escogimos por gusto destino tan nefasto. Por eso he de contar mi historia, aun a fuer de hacerlo en este momento en que las fuerzas me abandonan y me siento perecer.

Nací en el año del Señor de 1566 en la villa de Chillón, allí donde el valle de Alcudia abre sus puertas a las merinas de la Mesta que en trashumancia vienen a invernar; año también, en que Su Majestad, el rey don Felipe II, concedió a ese mal nacido de don Marcos de Fúcar, como pago por sus empréstitos, la monta de treinta galeotes de los condenados o que se condenaran al remo de galeras, para trabajar en su pozo de mina y fábrica de azogue en la villa de Almadén. Orden que a la larga y sin yo saber, condicionaría vidas y destinos, en muchos casos de forma injusta y cruel.

Mis primeros recuerdos me sitúan correteando dehesas tras ovejas y ganados, alma libre en campos de plenitud: caza, pesca, pan candeal y buen solaz marcaron aquellos primeros años de mi vida; tiempos que habrían de comenzar a cambiar en el año de 1582, cuando aquella enfermedad de la peste asolará Chillón.

La plaga comenzó el mismo día de la llegada del buhonero. Sudaba copiosamente y vomitaba sin parar, y así siguió hasta que cayó derrengado al pie del mismo brocal del pozo donde bebía. Tenía una enorme seca en la garganta, que luego, cuando el barbero le desnudó, observó repetida en ingles y sobacos. Murió a las pocas horas anegado entre sus fiebres y vómitos, y a juzgar por lo mucho que chillaba el condenado, tras mucho padecimiento y dolor.

Luego el mal se expandió cayendo algunos enfermos. Y entonces todo el pueblo se llenó de temor, porque los cirujanos apenas sabían cómo tratar la enfermedad, limitándose a sajar pústulas y bubones, trato que infligía tanto tormento al enfermo que muchos morían incapaces de soportar tan insufrible dolor.

La pandemia se llevó más de trescientas almas, la mayor parte de ellas gente pobre, que más de veinte casas quedaron vacías por haber muerto todos sus moradores. Así que hui de allí con tanta prisa que no parecía sino alma a la que persiguiera el diablo, encaminándome hacia Almadén, villa donde no había entrado la enfermedad y que guardaban bien de donde sí la tenían. Así que custodiados los caminos por cuadrilleros, no había forma de pasar, quedando pronto sin posibles, tirado en la vereda, muerto de hambre y de sed. Y a fe mía que allí habría perecido de no ser porque Juan Abad, arriero y carretero de profesión, atinara a pasar, y diezmada su población de origen y falto por ello de hombres como se encontraba, me ofreciera un trabajo con el fin de transportar azogue hasta Sevilla, lugar desde donde partía hacia el Nuevo Mundo, siendo allí tan solicitado que tanto como el oro o la plata llegaba a valer.

Me vi así transfigurado de pastor en arriero, recorriendo más de treinta leguas de malos y penosos caminos, que unos cuarenta y cinco días tardábamos en llegar, eso, si las carretas no embarrancaban y se rompían, porque los caminos eran intransitables, llenos de baches y profundidades que ponían constantemente en peligro a hombres, carros y animales, de modo que el accidente o el atasco eran seguros, cayendo las carretas al suelo, con los ejes partidos o las ruedas quebradas.



Otras veces eran simples atascos y allí era de ver lo que habíamos de penar para salir del atolladero, uncidos los bueyes de varias carretas, unidos los hombres para empujar las ruedas hasta llegar a hacer más fuerza que los propios animales, llenos de sudor y barro hasta la cintura. Y siempre con el miedo de perder el azogue por las

rotura de los baldeses, que muchas eran las veces en las que el comisario de la remesa no justificaba, y luego nos las habíamos de ver en la Casa de Contratación, donde había que pagar las pérdidas sufridas dando con ello al traste de trabajo, sudor y ganancia.

Por eso nos gustaba transportar a lomos de acémila, donde a más de ser más corto el viaje por caminos de montaña, se penaba mucho menos viajando con la carga más segura. Pero como el costo suponía el doble que el transporte en la carreta, sólo se recurría a este medio en caso de mucha prisa y necesidad, algo que sólo venía a ocurrir cuando se perdían galeones y las minas de plata amenazaban con parar.

De regreso cargábamos las carretas con hierro, madera y otros objetos necesarios en la mina y los hornos. Otras veces con lino e hilo del que se hacían las prendas de los forzados, pero la mayor parte de las veces ya era bastante con traer los encargos que nos hacían las gentes de Almadén, y con todo ello íbamos tirando en esa vida errante que a base de penar nos daba para comer.

Quiso Dios que en uno de estos viajes enfermara a causa de la cox que una bestia me sacudiera, quebrándome las costillas y dejándome medio muerto de dolor, motivo por el que tuve que dejar la reata y quedar en Valsequillo a fin de recuperarme de tantos males como sufría.

- Amigo Marcos, aquí os dejo en buenas manos para que os cuiden como es menester.
- No me olvidéis, señor Juan, por el amor de Dios, no me olvidéis.
- Descuidad. Quedad tranquilo y descansad que os recogeremos al volver.

Acordado quedó, pues, que al regreso me recogerían abonando gastos de alojamiento y dispensas recibidas.

Habían transcurrido algo más de tres semanas cuando llegaron a por mí, si bien no la gente que esperaba, sino los cuadrilleros de la Santa Hermandad que al no encontrarme en Valsequillo, y recibir noticias de encontrarme en Santa Eufemia, donde se me trasladó por ser domicilio habitual de boticario, se llegaron allí con tanta prisa y de tan malos modos que me vi quebrado nuevamente y cargado de cadenas sin ni siquiera poder inquirir el motivo de la detención.

- Venga, arreando, que te reclama el Juez -gritaba el energúmeno que ejercía de cuadrillero mayor.
- Pero de qué se me acusa -inquiría una y otra vez, sin recibir otra respuesta que la de los apretados grilletes en manos y pies y una tunda de pescozones que me hacían rodar sobre la tierra descoyuntando de nuevo mis mal curadas costillas.

Me acusaron ante tribunal de robar dos quintales y treinta y seis libras de azogue, que a la llegada de la reata a Sevilla faltaban en la expedición. Allí,

ante los justicias de la Casa de Contratación, fui culpado de abandonar la reata a medio camino fingiendo haber recibido una coz que nadie había visto dar, aduciendo que bien pude yo sustraer el azogue que así habría ocultado para luego vender. Y de nada valieron mis excusas, y fui condenado a devolver dicha cantidad de azogue, 30.000 maravedíes, y a recibir cien azotes, que una vez aplicados dejaron sin carnes mis espaldas, sin arrestos mis mentes y sin fuerzas mi cuerpo, mermando definitivamente mi muy quebrantada salud. De postre me mandaron a servir seis años en galeras o en la mina de Almadén, conforme eligiera. Corría por entonces el año del Señor de 1592, contando yo con un total de veintiséis años en mi haber. Y así fue cómo me vi portando el capotillo rojo de los forzados de Almadén.

A mi llegada a la mina fui llevado a la cárcel que junto a ella hicieran los malditos Fúcares, no más que una habitación alargada que denominaban «crujía», y un pequeño corral con dos celdas de castigo al centro, meros pozos nauseabundos de no más de dos varas de pared a pared, y con algo más de una vara de profundidad, lugar que inmediatamente disfruté como premio a mis exclamaciones de inocencia. Allí recibía cada día un mendrugo de pan, una escudilla de agua, y una tunda de azotes, tratamiento que de haberse prolongado un poco más me habría hecho perder todo atisbo de razón.

Pero eran demasiado valiosas nuestras prestaciones como esclavos, así que una mañana fui sacado del pozo, llevado a la «crujía», enfundado en calzas y capotillo, encadenado a reata humana y conducido a través del socavón hasta las entrañas de la mina, todo ello sin que ya se nos permitiera ver la luz del sol.



Cómo describir ese primer caminar entre las tinieblas, sintiendo el frío intenso que propiciaba esa humedad que calaba hasta los huesos. Nos conducían unos guardianes a los que los forzados llamaban «roncadores» y era verdad que sus voces y mandatos, en el averno de las galerías, sonaban siempre como roncadas por brucas y llenas de maldad. Nunca se apiadaban de aquellos que conducían, y si tropezábamos o caíamos, nos golpeaban hasta hacernos recuperar el puesto en la cadena, risas grotescas acompañando su bestialidad.

- Aguanta, hermano -me dijo el reo que caminaba tras de mí mientras me ayudaba a levantarme-. Ellos disfrutaban golpeando a los demás.
- ¡No puedo más! -le dije-. ¡No lo puedo soportar!
- ¡Todavía no ha empezado! Aún no sabes lo que tendrás que llegar a aguantar.

El tenebroso camino concluía con la entrega a la custodia del correspondiente capataz.

A mí me tocó en liza caer en manos de un mal nacido de nombre Luis Sánchez, que metía a sus forzados, en número de cuatro, en los tornos de agua, que es el trabajo mayor que hay en la mina. Allí nos ordenaba tirar de hasta trescientos zaques de agua, tarea que hombres fuertes y bien alimentados apenas podrían soportar, cuando ni menos gente enferma y mal nutrida.



El trabajo era extenuante y agotador. Situados dos hombres a cada extremo de la máquina, girábamos el torno con mucho esfuerzo, media vuelta empujando, otra media tirando, haciendo enrollar la pesada maroma que por un extremo izaba el zaque cargado, mientras por el otro descendía el vacío en una especie de rodillo sin fin. Al fondo del pozo el negro abismo y el ruido que hacía el aguador al llenar el zaque, nos llegaba como si fuera el lento llorar de las entrañas de la tierra, mientras que las tinieblas que nos rodeaban, apenas iluminadas por las llamas de un candil, parecían convenir en un camino hacia

la muerte sin ninguna esperanza de sobrevivir.

- ¡Dale al manubrio, Marcos, por tu vida, dale al manubrio!
- ¡No puedo más, Germán; no puedo más...!

Así que pronto empecé a desfallecer terminando por caer al suelo víctima del agotamiento, lo que motivó que aquella mala bestia de capataz me hiciera sacar afuera, me atara a la Ley de Varona, y allí comenzara a azotarme con un manojo de mimbres hasta que estos se quebraron, y después tomó otros y así siguió hasta que todos se quebraron dejándome anegado en mi propia sangre y muerto de un dolor tan grande que hasta del desvanecimiento me hacía volver, un despojo en mitad de aquel corral.

Retomé la conciencia en una enfermería que hay para los presos. Me encontré, así, desnudo sobre un jergón y frente a mí un cirujano afeitado

en aplicarme emplasto en las heridas, al tiempo que ordenaba me trajeran mi ración: una libra de pan, media de carnero y dos huevos, un festín para un reo de mi condición con el que pronto y muy a mí pesar me empecé a recuperar.

Salí de la enfermería y me destinaron a los hornos del cocimiento del azogue, tarea tan dura y peligrosa que me hizo añorar los tornos del agua con sus zaques. Porque los vapores que desprendían eran tan insalubres que a muchos les hacían perder el juicio, cuando no quedaban azogados.

- Algo gordo tuviste que hacer para que te enviaran aquí. ¿Mataste al guardián? -me preguntaba aquel viejo con su boca desdentada.
- Por qué no te callas, viejo -le respondí retándole con una mirada llena de rencor.
- ¿Viejo?... ¿Sabes la edad que tengo? -me respondió con altivez-. ¡Aún no llego a los treinta!... Tú también te verás así en pocos meses si es que lo llegas a soportar.

Lo peor de toda la tarea era desbrasar el horno y cerner las cenizas, que te entraban por la boca, los ojos y oídos, quedando azogados y perdiendo dientes y juicio, temblando tanto las manos que no se podían llevar a la boca, abrasándose los pies por no estar los rescoldos apagados, y de ello se morían todos los que a este trabajo eran forzados, que en los pocos días que allí estuve más de veinte perecieron.

Así que aquí estoy, de nuevo en este camastro de la enfermería desde el que acabo de ver morir rabiando de dolor al llamado Alonso Vázquez, quien tuvo a bien informarme de que ha llegado a la mina un tal Mateo Alemán, nombrado Juez Visitador por el Real Consejo de las Órdenes, que viene a indagar en nombre del Rey, la administración de esta mina y el trato que en ella se da a los forzados. Y como quiera que sé que no he de llegar al tiempo de mi declaración, aquí dejo esta historia, para ver si de ella saca buen juicio nuestro Visitador y puede informar al Rey de lo que aquí hacen los Fúcares, y de cómo puede matarse a un hombre sin más razón que la de ser coceado por una bestia en un tiempo y un lugar en el que tal vez nunca debió estar, que éste fue el único delito que fui capaz de cometer... ¡Dios, nuestro Señor me acoja en su seno dándome el descanso que creo merecer!

El "Informe Secreto de Mateo Alemán" se perdió entre los entresijos de la Administración sin que sirviera para el fin que fue escrito. Los forzados de Almadén siguieron malviviendo y soportando maltratos hasta varios siglos después.

ÉL MOTÍN DEL «TÍO CONEJO»

El día 23 de marzo de 1766 estalló en Madrid un gran tumulto popular: fue el denominado «*motín de Esquilache*». Las noticias del mismo provocaron una oleada de emulación que se propagó como reguero de pólvora por otras ciudades.

Tañe el agua al deslizarse sobre el roquedo, corriente indómita que avanza poderosa. Enormes álamos bordean las orillas, ramajes que se entrecruzan, rugosos los troncos ceñidos por el humus y la enredadera: castaños, plátanos y acacias se alinean al paio de la muralla. Hace frío. Hace mucho frío en esta brumosa mañana que parece prolongar un invierno agudo y hostil. Sin embargo, días ha que entró la primavera; pese a ello, la ribera del río permanece húmeda, gris, cubiertas las rocas de llorosos líquenes que parecen esparcir como un gélido sudario en derredor. Impregnándolo todo, persiste insistente el bramar del poderoso y embravecido río.



Junto al puente de San Antón se aglomera el populacho ansioso de conocer las nuevas que trae el ciego. Es este un hombre enjuto y cabizbajo, saturado como de ese espíritu sacristanesco que no todas las velas las enciende con buen fin. Se cubre con mísera capa, sombrero de ala ancha, y se apoya con ambas manos sobre nudoso cayado de aspecto hostil. Colgado a su costado lleva un misterioso saquillo donde guarda las viandas. Su rostro, pícaro y curtido, deja traslucir como un deje irónico y sutil, porque él, como todos los ciegos, suele tender sus trampas para cazar a quien le engaña: lo primero, escuchar, oírlo todo silenciosamente y percibir los menores cambios de las cosas, siempre atento, siempre consciente de tenerse que gobernar con su oído y con su tacto. Luego, actuar en consecuencia, pero eso sí, con calma y sosiego.

Sabe el ciego la impaciencia que levanta, pues no en vano ha caminado más de seis jornadas desde la Villa y Corte de Madrid. Pero los sucesos

que tiene que contar bien merecen el esfuerzo; un esfuerzo, todo sea dicho, que él sabrá hacerse lucrar. Por eso, a sus pies, la metálica escudilla tintinea con las monedas que le arrojan y que sirven para avivar una memoria que de tanto en tanto parece flaquear.

- Ya desde amanecida -comenta el ciego-, eran muchos los grupos y corros que andaban formándose por to Madrid. Y en tos ellos cundía el mismo comentario: «Hoy tampoco habrá convoy ¡Mal Domingo de Ramos, sin pan y sin grano!» -Adormece su voz el ciego hasta hacerla casi un susurro; chasquea su lengua que parece apelmazada y como necesitada de un buen trago que la suelte, y así permanece hasta que la bota llega a sus manos y el chorro de morapio le permite recobrar la entonación-. Y esos perros de alguaciles -continúa-, golpeando a las gentes con sus chuzos y cortando capas y embozos. Más de lo que un hombre pue soportar. Pero con to, lo que ya fue de más, ocurrió en la plazuela de Antón Martín, que allí apalearon a dos buenos patriotas que por más que se defendieron no pudieron evitar morder el polvo bajo los sables de la canalla. Y después -prosigue el lenguaraz invidente-, aquello fue como mecha que enciende barril de pólvora. Y el gentío fue to un correr en dirección a Palacio, que por las calles de la Bola, del Arenal y Mayor llegaban cientos de gentes que confluían en la calle Nueva y que pronto atestaron la Plaza de Palacio gritando hasta esgañitarse: «¡Muera Esquilache! ¡El italiano al paredón!».
- Y tu, ciego, como te apañaste pa ver to eso -preguntó una voz entre el gentío.

Calló el ciego mientras chistaban algunas voces indignadas reclamando silencio. Movía ahora parsimonioso su escudilla haciendo entrechocar las monedas de modo que su tintineo era como un reclamo a la multitud. Sus labios, tensos y prietos, parecían mudos y sellados, y fue menester que sus oídos percibieran el codicioso ruido de los dineros al caer para que siguiera con su perorata:



- El tumulto duró to ese día y el siguiente, pues el gentío, espoleao por la presencia de la guardia valona, no estaba en otra que en forzar las puertas de la primera valla. Además, allí se obligó a to el mundo a desarmar los sombreros de tres picos y a ponerlos redondos, que

hasta el mismo nuncio tuvo que cruzar la plaza con sombrero gacho y embozáo. La cosa se puso fea -prosigue el ciego-, y los valones dispararon sobre la multitud. Y aquello ya fue el acabose, que el pueblo se enardeció amenazando con arrasar hasta el mesmísimo palacio. Por eso, mismamente el rey, tuvo que salir al balcón y permitir reunirse con unos cuantos pa escuchar lo que pedían; y no sólo eso, sino que tuvo que jurar bajar el precio del pan y sobre to, retirar a Esquilache ¡Qué momento aquél, qué momento: el rey escuchando al pueblo!

Terminó su relato el ciego, y el gentío que no paraba de engrosar, se mostraba aguerrido e inquieto. Corrían como el viento las noticias y así conocieron que junto a la Puerta de Valencia otro gran corro se había formado.

Pronto los primeros gritos comenzaron a surgir, y allí ya todo fue un aullar que bajara el precio del pan. En estas entremedias, surgió potente un vozarrón que en pocos minutos a todos logró acallar. En el centro del tumulto, ocupando sitio junto al ciego, el enorme corpachón del *Tío Conejo* destacaba sobre la multitud. Era el *Tío Conejo* hombre bravo aunque templado, orgulloso, pendenciero en ocasiones, buen bebedor, y estaba dotado de un físico y una fuerza descomunal, lo que le concedía como un liderazgo innato que en él resultaba absolutamente natural.



- Qué somos nosotros -clamó el *Tío Conejo*-: campesinos, jornaleros miserables, hambrientos sin pan -La muchedumbre, a la que ya se unía el grupo que se organizó en la Puerta de Valencia, coreaba su alocución con aullidos estremecedores-. Sin embargo, ellos, esos miserables latifundistas, almacenan sus cosechas, año tras año, esperando que haya escasez para lucrar con nuestra hambre sus repletos bolsillos. -Un espantoso concierto de gritos y aullidos conformó a la multitud. Entre ellos, mil gritos de chillonas mujeres que vociferaban y clamaban exigiendo justicia. La masa se movía como si fuera un solo cuerpo. Todos querían aproximarse hasta donde estaba el *Tío Conejo*: empujones, codazos por aquí y por allá, algún puñetazo, comenzaban a presagiar que la fiera ya hacía algo más

que rugir: ¿Acaso no agudizan ellos mismos la crisis? -argumentaba el *Tío Conejo*- ¿Acaso no apartan sus cosechas en espera de que vengan momentos de escasez? Pues yo os digo que ya está bien. Y si en Madrid el rey ha otorgado en bajar el precio del pan y apartar a ese extranjero de Esquilache, aquí se reparte el grano y se aparta al corregidor.

Un clamor inmenso acogió estas palabras. Torpes dichos, rencorosos gritos resonaron junto al puente de San Antón: y la turba emprendió su marcha en dirección a la mansión del corregidor.

Cruzó la masa el puente de la Trinidad. Rugía el viento entre los farallones del roquedo, sollozaba la arboleda, asentía la muralla como testigo impertérrito de tan calientes ánimos. Mientras, la serpiente humana se encogía y estiraba al doblar los recovecos de tan empinadas cuestas.

Llegaron como salvaje horda ante la casa. Era un vetusto edificio de doble planta con balcones a los lados y balconada central que parecía coronar el pétreo arco de la puerta. Tenía sendos blasones en los costados, vieja forja en los ventanales, y muy señorial portón. Contra el mismo, una vieja



viga sirvió como ariete. Puerta y goznes saltaron en pedazos. La multitud entró en la casa: subía y bajaba, abría alacenas, volcaba sillas y mesas, rompía tapices, hacía trizas a puñetazos y patadas cuanto pillaba a su paso, comía de las viandas que encontraba, bebían lo que podían, golpeaban hasta el aire que respiraban sólo por el placer

de descargar sus iras. Estaban poseídos de una voluptuosa y destructiva pasión, y a ello dedicaban todas sus fuerzas: manos, piernas, pies, uñas y dientes eran utilizados para repartir puñetazos, patadas, mordiscos, cabezazos.

No encontraron al corregidor. Al parecer algún traidor transmitió oportuno aviso. La fiera, como hambrienta y despechada, comenzó a descargar sus iras en todo aquello que a aquél pertenecía. A través de los balcones volaron sillas, sofás, tapices, candelabros, espejos, ropas, papeles, vajillas, y todo ello legitimado por el burdo y zafio griterío de ¡Muera el ladrón! ¡Viva el rey! La hoguera inmediata, alimentada con tanta leña y pasión, elevó sus llamas hasta considerable altura.

- ¡Ha volao el pájaro! -chilló a la muchedumbre el *Tío Conejo*- ¡Ya caerá! -Y apuntando con su largo y poderoso brazo en dirección a la plaza gritó: ¡Al Ayuntamiento! ¡Tos al Ayuntamiento, no sea que esté allí el mu bribón!

Gritos entusiastas corearon dicha orden: el populacho ya tenía un fetiche al que adorar. Y lo hicieron; rugiendo embravecidos, corriendo en colosal corpulencia hasta sobrepasar el propio consistorio. Así, la Plaza Mayor quedó atestada. La muchedumbre se arremolinaba y estremecía, penduleaba como si fuera un monstruo atado. Se abrían brechas en algunos lados que inmediatamente eran tapadas por la corriente. Otras veces la aglomeración crecía en un punto y se aclaraba en otro. La locura se había instalado en los febriles ojos del populacho, el griterío era terrible, se masticaba la sed de venganza y destrucción.

De pronto la masa quedó paralizada y el rugir, poco a poco, fue decreciendo hasta alcanzar un silencio extraordinario y sepulcral: las puertas del Ayuntamiento se habían abierto de par en par y el corregidor al frente de los regidores había hecho su aparición. Era hombre alto y delgado, nervudo, con la apariencia y el hacer distinguido del que se sabe superior. Ondeaban al viento, cual bandera, sus blancos cabellos, y en su mano derecha portaba el bastón de mando de la ciudad. Avanzó despacio seguido por sus regidores. Miraba impertérrito a la muchedumbre. Sus ojos buscaban de forma ávida al dirigente del motín. Entre el pasillo que se abría a su paso, pronto lo distinguió: era el típico cabecilla, violento y desastrado, un líder de arrabal. De forma que su voz, despectiva e insultante, pronto encontró interlocutor.

- ¿Qué queréis? -clamó el corregidor- ¿A qué se debe esta infame conducta?

Se agitó la masa embravecida ante tan arrogante actitud. Pronto comenzaron a oírse los chillones gritos de una mujer: ¡Queremos pan barato, corregidor! Y la multitud coreó estentóreamente estas demandas. El *Tío Conejo* levantó entonces sus manos en ademán de imponer silencio. Cuando la fiera fue acallada, habló:

- El rey ha concedió al pueblo de Madri la baja en el precio del pan. Aquí, en cambio, ha subió un cuarto de libra o más -Habla quedo y seguro de sí, el *Tío Conejo*, consciente de ser él mismo la clave de la situación-. Queremos, por tanto, que ahora mesmo se disponga la baja del pan.

El Corregidor observaba la grandiosidad y potencia de esa masa enfurecida. Pensó entonces en la insignificancia de lo humano ante ello... Y sintió lo

absurdo que resultaba su insolente orgullo y prepotencia ¿Cómo pudo creerse alguna vez dueño y dominador? Arrogancia, arrogancia banal y estúpida del que se siente con derecho sobre la vida de los demás: ¡Qué ceguera tan infame se había instalado en su corazón!

- Se estudiará -manifestó a viva voz el corregidor.
- No, no se va a estudiar porque ya está estudiáo -Respondió el *Tío Conejo*-. En Madri no sólo ha bajao el precio del pan, sino que ha caído el Gobierno con él: Esquilache está fuera... Y fuera tien que estar las autoridades que él nombró. Así que, ¡Venga la vara, corregidor!
- ¡Estáis locos! ¿Acaso no veis que esto es un motín? -gritó fuera de sí el corregidor.

Pero fue lo último que pudo aducir, porque una certera pedrada golpeó con sorprendente violencia el rostro del hidalgo. Después, su cuerpo exánime rodó por la calzada.

El pánico cundió entonces entre los regidores que temiendo por su vida quisieron ponerla a salvo echándose a correr. Y ya la fiera se los tragó. Patadas, puñetazos, manotazos, codazos, y alguna que otra faca cayó sobre sus cuerpos antes de que los desaforados gritos del *Tío Conejo* y sus acólitos lograran contener a la turbamulta. Cuando la situación pudo dominarse, el cuadro era dantesco y estremecedor. Al menos dos de los regidores eran ya cadáveres, sin que faltara mucho para que también lo fueran los demás.

El *Tío Conejo* ordenó que esos hombres, vivos o muertos, fueran llevados a la prisión municipal. Después, entrando en el Consistorio, dispuso que se constituyera Junta para elegir nuevo Ayuntamiento: la autoridad fue concedida al *Tío Conejo*, que, como primer arbitrio, dispuso una requisa de grano y su distribución gratuita entre toda la población.

La incipiente comuna acabó, apenas unos días después de establecida, cuando el ministro, don José Moñino, al mando de una formidable columna militar, entró en la ciudad sin encontrar resistencia alguna.

La represión y los juicios que siguieron dieron con los huesos de muchos de los lugareños en los penales africanos. La Plaza Mayor, testigo mudo del motín, vio correr la sangre de centenares de espaldas cruelmente azotadas. Pero la sentencia mayor, la pena capital decretada sobre el *Tío Conejo*, nunca se cumplió, porque inercia de las cosas, y como días antes él mismo dijera, cuando las tropas reales llegaron, el *pájaro* también voló.

DE ALIAS, EL REPRETAO

Infantes, cabecera de partido del Campo de Montiel (1856). La desamortización de Mendizábal ha trasladado a manos privadas la mayor parte de las tierras del común de los pequeños pueblos. Con ello la situación de campesinos y jornaleros se torna insoportable.

De él se dijo que había llegado en el carruaje de postas. Pocos lo sabían a ciencia cierta. La única verdad fue que se dirigió al casino, pasó al salón, y dejando sombrero y maletín a un lado, ocupó mesa solicitando que le sirvieran café, cazalla y vaso de agua. Después preguntó a los presentes por el paradero de la posada... Entre la pesada atmósfera, la silenciosa respuesta de los habituales parroquianos parecía inquirir en una odiosa y malsana curiosidad.

Informado al fin, el recién llegado apuró el café, y trago de anís y sorbo de agua mediante, tomó sus bártulos y sin volver a decir esta boca es mía, salió... Y así la llegada del viajero corrió como reguero de pólvora por el pueblo y por todo el Campo de Montiel, donde quien más, quien menos, ante tan inusual presencia, pronto se dieron a la fácil murmuración.

Que a Juan, el Repretao, las noticias le llegaron raudas, eso consta en los anales de la historia. Porque era Juan como el puro ejemplar representativo de la tierra: fuerte, calmoso, hecho al sufrimiento; apretaba los dientes y se le endurecían los carrillos haciendo visibles las vibraciones de su rostro al juntar las quijadas. Y así, con estas muecas contractivas, y con la elevación que hacía de párpados y cejas al mismo momento de tener que ponderar algo, su ancho y curtido rostro mantenía siempre como una muy particular expresión que resultaba absolutamente peculiar. Además, había tenido el buen tino de no casarse, quizá como reacción antagónica e invariable del hijo cuyo padre por tres veces había visitado el altar. De modo que con estas dotes no era fácil cogerle por parte alguna, máxime cuando el Repretao era un modelo de juicio y equidad, un hombre cuyo buen hacer en múltiples ocasiones había servido para entender de cosas del común y de la mayor gravedad.

Quizá por eso fueron muchos los que acudieron expectantes a la Junta de labradores que había de entender en el pleito: si Juan, el Repretao, decía que había que romper con las reglas no cabía duda de que tendría

su razón, que aunque no era hombre cultivado en letras ni en saberes, lo era respetuoso de la tradición: a fin de cuentas siglos hacía que de las lagunas se regaba, y esa era razón más que suficiente para que las gentes otorgaran a las tradiciones y privilegios poco menos que rango de constitución: allí siempre se había usado el agua desde cabeza hacia la cola ¡Esa era la verdad! Y era la sobrante la que seguía su curso sin interrupción. Y si no llegaba porque se gastaba en la cabecera ¡Mala suerte para los demás! que así había sido desde tiempo inmemorial. De modo que si ahora venían los señoritingos con sus leyes y papeleos a cambiar un orden consustancial, con Juan, el Repretao, y otros como él se iban a encontrar.

Pero también era cierto que incluso en el mismo pueblo no todos estaban de la parte del Repretao. Sobre todo aquellos a los que su nuevo estatus de propietarios había animado a acceder al agua usando de su propia iniciativa particular. Y pese a que estas maneras, poca o ninguna consideración mostrasen hacia la tradición establecida, ellos, terratenientes inveterados, clamaban por el respeto a esos nuevos derechos



que emanados del liberalismo y de las leyes desamortizadoras en todo beneficiaban, evidentemente, a quien tenía más. De este modo las nuevas leyes habían apartado las costumbres y antiguos usos permitiendo que aquellos ricachones, oportunistas de subastas, expoliadores de propios y comunes, absentistas explotadores, vinieran a modificar los ancestrales usos, porque ahora, y según la Ley, el agua era de su propiedad.

Y fue por eso que cuando aquel hombre, levita un tanto ajada, pero severa, sombrero de copa, zapatos de hebilla y lazada, habló, el silencio era expectante y parecía casi irreal:

- Nuevos tiempos nos contemplan y mucha sangre se ha derramado por asegurar la libertad -clamaba el foráneo-. ¿Pero es posible la libertad sin la garantía y la salvaguarda de la propiedad? ¿Acaso no es un derecho esencial la búsqueda de nuestro mayor bien en la explotación de la propiedad?

El silencio envolvía en su halo pastoso a los presentes. Mientras, el letrado, rodeado por el denso sudario de un humo azulado, podía hasta parecer un hombre desgraciado; aunque quizá sólo fuese alguien que había visto demasiado mundo y vivía como afligido por ello, algo así como si un día hubiera visto desnuda a su madre y viviese atormentado porque su imagen le gustó.

- Acaso -clamaba el figurón- no es una llamada al orden y al progreso la ingente iniciativa de estos hombres que con el solo apoyo de su voluntad, con su propio capital y esfuerzo, arriesgando en ello todo su futuro pasar, han convertido en fecundo un uso del agua que hasta ahora sólo ha sido marginal.

Cuando, Juan, el Repretao, tomó la palabra el ambiente ya se encontraba al nivel de ebullición: «Tie buen pico este hombre», fue la nueva con que rompió el silencio; dicho de mal augurio al decir de aquellos que le conocían y de los que no le conocían también.

- Yo no sé tanto de leyes ni de esas cosas de la libertá como aquí paice saber el letrao -decía, el Repretao, mientras juntaba sus quijadas-, pero de cómo se usa el agua en estos campos, de eso sí que sé. Y si en las lagunas de arriba se han hecho acequias y azudes, si se han puesto tuberías y artilugios para enviar el agua lejos de allí, y si esos canales se alimentan con el agua que me corresponde a mí desde que tengo uso de razón, no hay libertá que ampare al que me roba, que también yo tengo propiedad y es exigencia de mi honra el protegerla como el que más.

Después, el tumulto y el estruendo estallaron en la sala donde ya nadie se sentía capaz de restablecer un orden imposible entre tan inextricable laberinto pasional.

- Vaya, pues, el letrao en buena de Dios y diga a quienes le han mandao que en las lagunas ya tenemos leyes, y que quien roba a un ladrón tie cien años de perdón.
- ¡Muy gallo pareces tú! - dijo el enlevitado suprimiendo con ello y de un sólo golpe el tratamiento y la cortesía-: ¡Pues ten cuidado no te vayan a capar!



Surgió una tenue sonrisa en el rostro del Repretao. Una desacostumbrada sonrisa moruna que parecía una grieta de marfil en pleno rostro de acusación. Y el picapleitos leído se dio a todos los demonios por no haber calibrado con certeza la situación. Le había tomado por uno de tantos labriegos de cortas luces y duro pasar. Y a cambio, ahora estaba allí, solo, sin que los reales tomados de los nuevos amos fueran escudo capaz de amortiguar tan temerario envite. Así que pensó que hora era de echar mano al pistolón que la prudencia le había aconsejado depositar en el fondo del maletín. Sólo que no contó con que en lo apretado del lance, aquel parpadeo y aquel brillo malicioso que vislumbrara en los ojos del Repretao, le hicieran naufragar sintiéndose perdido... Motivo que fue más que suficiente para que el foráneo reculara tirando de gatillo...

Que Juan, el Repretao, hurtara mal que bien el tiro que ladino atravesó el costado, y que de su faja saliera navaja cabriterera que rauda buscó el ajeno corazón, son circunstancias que adornaron el posterior sumario... Como también lo son que la roja sangre brotara adornando manos, negro paño y zapatos del enlevitado; encharcando suelo y estrado hasta que su cuerpo exánime, y con la posterior aquiescencia del galeno, fuese trasladado al depósito municipal.

Mientras tanto, Juan, el Repretao, sumido aún en sus cavilaciones y en su propio asombro, comentaba cabizbajo que uno siempre ha de buscar su suerte y que es inútil, absolutamente inútil, flirtear con el destino ... Y es que al final -según el Repretao- «Cada cual tiene su sino, y eso no se pué cambiar».

¡O TODOS, O NINGUNO!

1898. Tras el hundimiento de la escuadra española en Cavite (Filipinas), las tropas norteamericanas desembarcaron en la isla de Luzón tomando Manila. Fue el final del Imperio colonial español en el Pacífico.

¡O todos o ninguno, Eloy, o vamos todos o no vamos ninguno! –Le decía Ceferino mientras agitaba con grandes aspavientos las hojas de *El Socialista*.

Eloy callaba compungido ante la suerte inevitable que aquella mañana había fijado su destino. El sorteo de la quinta le había otorgado uno de los primeros números; el premio, por tanto, no se había hecho esperar: las revueltas coloniales con sus guerras iban a ser su inevitable futuro oficial.

Trataba Eloy de ahogar sus penas entre vaso y vaso de vino peleón, y aunque al principio prestó algo de atención a la perorata de sus congéneres, pronto se dejó ganar por el pastoso placer del humo del tabaco y de los efectos del alcohol. Así, entornando los ojos pasó a contemplar, como extrañado y ausente de sí mismo, la miseria del lugar donde se encontraba: los candiles de carburo, los renegridos paredones, las desvencijadas mesas, los desportillados vasos, y lo que era aún mucho peor, veía con claridad inusitada la degradación moral que envolvía a aquellos jóvenes embrutecidos por toda una vida de sufrimiento y dolor.

Allí estaban, analfabetos, harapientos, mal nutridos, sin otro norte en la vida que servir de carne de cañón para la mayor gloria de la patria. Y eso no era lo peor. Lo peor era ver a esos infelices regodearse con su destino empapándolo en vino peleón:

- ¡Nos vamos a la guerra! ¡Nos vamos a guerra! -Gritaban como poseídos de una extraña rabia y euforia-. ¡Que se preparen allí!

¡Infelices! No lo podía soportar. Tal vez por eso, aún tambaleante, se había levantado yéndose a buscar el rincón de Ceferino, el viejo tipógrafo seguidor de Pablo Iglesias; socialista de corazón, hombre dotado de una bondad excepcional:

- ¡O todos o ninguno, Eloy, o vamos todos o no vamos ninguno! -le peroraba otra vez.

- Y qué podemos hacer, Ceferino. Eso que ices está muy bien, y es fácil decilo, sobre to cuando se sabe que con esa edad ya no se puede ir...

Pero dime, eh, qué podemos hacer... Desertar para que nos peguen cuatro tiros al amanecer...

- Qué van a hacer con vuestra vida, Eloy, qué van a hacer -susurraba compungido Ceferino.

Eloy, alto, anguloso, sano y fuerte, parecía el prototipo de la figura racial del manchego. Tenía buen semblante, la piel curtida y morena por el sol y los aires, y unos ojos claros y alegres que daban a su faz un deje de hombría y afabilidad. La boca grande, como sus pies; y sus manos, enormes, huesudas, hechas al trabajo duro y al penar.

Admiraba a hombres como Ceferino que en su juventud aprendieron a leer. Gente inteligente, dominadora de sus instintos, que supieron gastar sus ocios en lecturas en vez de tabaco y alcohol. Ahora eran como auténticos filósofos en medio de ese secarral de brutalidad y analfabetismo; cabezaleros, hombres viejos que llevaban la palabra, los que debían hablar cuando había algo que decir. Dotados de gran personalidad, actuaban siempre con mucho conocimiento.

- ¿Me enseñarías a leer? -le preguntó en bajo tono de voz, como si le avergonzara la pregunta.

Ceferino le miró impasible clavando su mirada sobre aquellos ojos claros. Después, con una breve inclinación de la cabeza, asintió a lo que preguntaba.

Aprovecharon los momentos que dejaban libres las faenas, los días de temporal, e incluso los domingos de descanso. Eloy preparaba un buen almuerzo, unas gachas con tocino, o unas sardinas saladas con huevos fritos y un tomate fresco entre medias, o unas chuletas fritas con ajos verdes, mucho pan candeal y un buen jarro de vino. Después se iban hasta la mesa, que aun siendo para comer nunca se usaba en este menester, se sentaban en la banca, y allí se ponían a leer, o lo intentaban al menos, poniéndole Eloy tanto empeño, y Ceferino tanta ilusión, que al cabo de unos meses éste ya era capaz de entender las noticias que salían en los «papeles».

Y las noticias que traían los papeles no eran buenas, no señor. Porque sólo hablaban de guerra, de generales, de batallas y victorias, pero nunca contaban las miserias de aquellos que un día se fueron para nunca volver.

Durante la mañana del 27 de enero de 1898, Eloy, apenas cumplidos los 19 años, recibió el aviso de la Zona militar de que debía presentarse con toda su impedimenta a fin de partir para Cádiz, desde cuyo puerto debería embarcar. Así que se despidió de los amigos, recibió de familiares algún

que otro duro hasta alcanzar seis o siete, y con ese capital, su macuto y su hamaca auestas, partió acompañado de su padre hasta la Zona militar. Desde allí, formados silenciosamente, les llevaron a la estación del Mediodía. Entraron por la puerta de los muelles de mercancías, aunque antes tuvo que despedirse del padre porque no le dejaron entrar. Observó como caían sus lágrimas... Era la primera vez que le veía llorar.

Las dieciséis horas de viaje hacinado cual rebaño en vagón de mercancías supusieron para Eloy un padecimiento superior a todo lo que creía que podía soportar, pues su tradicional vida de arriero, hecho a la libertad, sin trabajo ni horario fijo, comiendo cuando le parecía, vagando solitario, en vida errante y cavilosa, engendró en él como una cierta inclinación a la aventura, lo que le hacía mirar con desdén a los hombres que apegados a la tierra tenían que trabajar. Se sentía señor y dominador, belicoso, con ganas de rebelarse y con ese derecho del que parece dispone el ambulante a disponer de todas las cosas útiles que encuentra a su paso. Porque bien se sabía que mientras el gañán fecundaba los campos con su sudor, el arriero, vagando con sus mulas y sus perros, era el amo del lugar. Y desde el cerro o la cañada miraba siempre con lástima al que estaba permanentemente en el llano, anclado en el mismo sitio.

El día 30 de enero, Eloy fue agrupado en la segunda compañía, del tercer batallón del Regimiento de Cazadores Expedicionarios y embarcado en el mercante «España» de la Compañía Transatlántica. Todo el reemplazo había sido destinado a las Antillas, pero a última hora, el Regimiento de Cazadores Expedicionarios recibió la orden de trasladarse a Filipinas para reforzar las guarniciones de Manila. De modo que Eloy, de golpe y porrazo, sin apenas transición, mutó de libre arriero, a soldado colonial, una ruptura irreconciliable con todo aquello que durante su vida le había sido natural.



Los primeros días de derrota fueron mucho peor de lo que nunca pudiera imaginar. Si el anterior traslado en tren le había parecido más de lo que podía soportar, el nuevo transporte era algo que le iba a matar: apiñados hombres e impedimenta en las

bodegas, permanentemente mareado, con el olor de los vómitos propios y ajenos impregnándole la piel, pensó que su estómago ya no aguantaría más... Sin embargo aguantó. ¡Vaya si aguantó!

Subían a cubierta dos horas por la mañana y otras tantas por la tarde. Agrupados por secciones, los oficiales les adiestraban amén de arengarles convenientemente:

- Vais simplemente a desempeñar una misión. No temáis, si fuerais a algo más igualmente os lo diría - decía el comandante.

Poco a poco, de aquella forma en que las noticias y fabulaciones corren por entre la tropa, fueron conociendo cuál era la situación: Primo de Rivera había sustituido a Polavieja al frente de la Capitanía y había acabado con la rebelión del Katipunam a base de combinar fuerza e inteligencia. En Biak-na-Bató había comprado a Aguinaldo y al resto de cabecillas de la rebelión. La sublevación, por tanto, había sido desmembrada. Ellos no iban a la guerra, sino a garantizar el restablecimiento del orden en una forzada paz.

También su cuerpo, de forma casi imperceptible, fue acostumbrándose a los trajines del navegar. Las nauseas remitieron, y ya su vientre agradecía el café y los ranchos que les servían. Incluso en los asuetos de las tardes, apoyado en la cubierta, contemplando aquel inmenso mar y las extraordinarias puestas de sol, comenzó a vivir momentos como de una extraña felicidad.

A ello ayudaba también las pocas diversiones que de vez en cuando les ofrecían: la marinería hacía subir a su gaitero acompañado del tamborilero,

dos gallegos que prorrumpían con la muñeira, arrancando estruendosas ovaciones. Luego los andaluces, al son de una guitarra, cantaban seguidillas o sevillanas.

Fondearon en Manila casi un mes después de su embarque en Cádiz. Fueron desembarcados y pasó los primeros días tendido sobre su manta de campaña en los mismos muelles que los habían visto llegar: había que aclimatarse a aquel calor infernal. Allí conocieron, a base



de rumores, que quince días antes, en La Habana, el *Maine*, acorazado norteamericano, había sido hundido por una extraña explosión.

Eloy, con su semblante callado y su mirada perdida en el infinito de la mar, apenas dejaba traslucir sus sentimientos. Porque él se barruntaba lo que iba a pasar: llevaban tiempo buscando un motivo, una excusa, y ahora la fatalidad se la había otorgado: con la derrota de España los yanquis se erigirían como nueva potencia imperial. Para él, por tanto, ínfima pieza de ese juego en el tablero mundial, la cuestión iba a resumirse en una sola cuestión: aprender el modo de salvar su pellejo y salir indemne de allí.

Algunos días después separaron las compañías asignándoles los destinos. Para entonces Eloy, atendiendo a los reclamos de la autoridad colonial, ya había dejado de pertenecer al ejército por la argucia y artimaña legal de presentarse como voluntario por cinco años para cubrir plaza como guardia civil colonial.

Poco tiempo después, traicionando el acuerdo alcanzado con el Estado español, Aguinaldo firmó un pacto con los Estados Unidos y declaró desde



Singapur la independencia de Filipinas. Frente a ello, Basilio Agustín, nuevo capitán general, no encontraba otra, dado lo menguado de sus fuerzas, que la de afrontar la guerra tratando de mantener fiel a la disidente población a base de una extraña mezcla de soflamas patrióticas y brutales episodios de represión.

Pero eso ocurría allá en Manila, porque mientras tanto, en el interior, por lo más intrincado de la jungla, una veintena de salvajes buriks, cortadores de cabezas, reconocidos caníbales, se aventuraban lejos de su territorio habitual. Eran guardias civiles indígenas cumpliendo una misión. Les mandaba el cabo Eloy.

Y es que en eso había consistido toda la política colonial: en dividir a los filipinos para que no se unieran a la sublevación. En Luzón, isla de la capital, buriks e ibilaos, ignorantes y salvajes, habían sido privilegiados eximiéndoles de impuestos, enfrentándolos a tagalos, etnia dominante, cristiana y civilizada. De este modo, apenas veinte mil soldados eran

capaces de controlar para la Corona más de siete mil islas en el Pacífico oriental.

Eloy se había adaptado al terreno. Cabalgaba sobre un carabao, especie de búfalo, animal de carga que presentaba dos ventajas innatas para la lucha en la selva: no se atascaba en los pantanos y no dejaba señales comprometedoras. Si alguien perseguía al destacamento sólo verían huellas de pies descalzos y pezuñas, nunca sabrían si se trataba de militares o de un grupo de nativos en tránsito.

Había sido destinado al puesto de Tayabas, en el istmo de Luzón. Al otro lado del istmo se encontraban los municipios de San Narciso y Guinayangan, refugio de tulisanes, bandoleros que en realidad no eran otra cosa que patriotas filipinos que habían seguido luchando por su independencia a pesar del pacto de Biak-na-Bató.



Desde el primer momento tuvo que dedicarse a su represión: Capitanía los había declarado bandidos y como tales, él debía asegurar que nada en sus dependencias empañara su reputación. Bandoleros o patriotas, tulisanes o miembros del Katipunam, Eloy estaba decidido a cortar por lo radical.

El camino lo sabía controlado por espías y colaboradores, así que preparó a conciencia la partida y la expedición. Tenía que atravesar las marismas de Pitogo, plagadas de serpientes y cocodrilos, focos de malaria e insalubridad, si quería contar con el factor de la sorpresa. De modo que se lanzó a los pantanos con sus buriks e ibilaos, en total una veintena de salvajes de los que sabía que no se podía fiar.

Pero no se trataba sólo de pasar la selva. Se trataba de tener que atravesar zonas donde el silencio y la oscuridad eran casi absolutas, donde los tallos de las raíces subían cubriendo como tentáculos los troncos que alimentaban en busca de esa verde y escasa luz; donde era necesario huir de las ramas salientes que ocultaban al tapiú o al favo, avispas agresivas capaces de acabar en unos minutos con cualquier mortal; de cruzar sobre humedales donde sólo olía a cieno y a muerte, de evitar serpientes, y lo que era peor,

de evitar caer víctima de la traición de sus propios subordinados. Por eso pasaba días y noches sin dormir, acumulando un cansancio sobrehumano y extenuador.

Pronto el hambre les acechó. Pero en los pantanos viven puraqués y cascurós. Los indígenas los cogían entre el cieno. Hundían sus manos en la masa putrefacta buscando con sus dedos hasta que atrapaban al pez. Después le quitaban sus escamas oscuras, y mordían la carne, de un amarillo fuerte como el color del maíz molido. Eloy los imitaba venciendo su repugnancia. Así era la selva, hasta en los lugares más infectos ofrecía muerte y vida como caras inseparables de una misma moneda. La selva siempre buscaba las debilidades de los hombres, pero Eloy no conocía la derrota de los pasos atrás, siempre miraba hacia delante, pese a las picaduras de los zancudos, temiendo la llegada de esa fiebre que adormece hasta hacer llegar la muerte como pura prolongación de un sueño cruel.

¿Cuánto días llevaban en las ciénagas? Puede que seis o quizá siete. Estaba cansado, muy cansado, y ya había perdido a dos de sus hombres tragados por el fango. Pero no volvería atrás. ¡Ya no podía volver! Aunque sabía que las cosas estaban comenzando a ponerse mal, porque desde hacía un par de días, sentía frío, dudaba de sus fuerzas, sentía un abrumador silencio que le obligó a detenerse y descansar. ¡Tanto él como sus hombres tenían que dormir! Fue entonces cuando sintió que el silencio le abrazaba, le aturdió y transportaba como en un extraño sueño, hasta aquel pueblo manchego en que un día tuvo su hogar. Y volvió a contemplar a aquellas gentes pacientes y calladas, que convivían en silencio con su tristeza, sin otra alteración que la de aquellos días de lluvia que conseguían dar algo de relieve a ese sopor, porque con el agua todo quedaba paralizado. Era como si con la limpieza de la atmósfera el silencio se hiciera más patente y abrumador: en el pueblo nunca cambiaba nada. ¡Nada!

Le despertó el ruido de las voces. Entonces lo supo. ¡Lo habían conseguido! Detrás de la espesura, a tan sólo unos centenares de metros, jugaban los chiquillos de aquella mísera población. Se recuperó entonces y planeó la acción que fue rápida y destructiva. No hubo compasión con los vencidos y las cabezas de los tulisanes adornaron el sendero para escarmiento general.

Después regresó hasta Tayabas al frente de sus indígenas. Para entonces la flota española había sido hundida en Cavite: España estaba en guerra y el bloqueo naval impuesto por los vencedores les tenía aislados y sin ninguna posibilidad. Sin suministros de alimentos, municiones y refuerzos, las islas Filipinas estaban sentenciadas con respecto al dominio colonial.

El cabo Eloy, convertido así por obra y gracia de la guerra, en el comandante de su puesto y guarnición, organizó la defensa con las dispersas fuerzas militares que en la retirada llegaron, y con los indígenas de la guardia civil que permanecieron fieles a la nación. En total, unos cuatrocientos hombres que fueron cercados por un ejército de unos dos mil. Pese a ello la guarnición de Tayabas resistió; día tras día, semana tras semana, hasta que sin municiones, exhaustos, devorados por la malaria y el hambre, los agentes indígenas comenzaron a huir.

El 15 de agosto de 1898, la ciudad capituló. Quedaban ciento setenta y cinco españoles supervivientes que habían infligido más de quinientas bajas al recién constituido ejército del Katipunam. Comenzó entonces la amargura del cautiverio. Se les arrebató todo, hasta las más roídas ropas. Fueron hacinados en cercados putrefactos, obligados a trabajar como esclavos... Y así, poco a poco, pasaron los meses y el olvido les acogió. ¡Nadie se acordó de ellos, nadie volvió a pensar en su existencia!

La única solución consistía en escapar, llegar hasta Manila e informar a los estadounidenses, ahora en guerra contra los filipinos, de cuál era su angustiada situación. Así que sin pensarlo más, Eloy se lanzó de nuevo a la jungla: si ya la había atravesado una vez, por qué no iba a hacerlo dos.

El aire le llegaba con una pesadez impura. Se estaba internando en las ciénagas y al respirar sentía como una sensación de angustia. Intentó recordar todo aquello por lo que valía la pena vivir: sus padres, el pueblo, María Teresa... Pero los recuerdos no podían ayudarle. Lo que necesitaba era aire limpio, no aquel vapor fétido que salía de allí.

No podía dudar. Tenía que cruzarlas. Al remover las aguas el olor nauseabundo le hacía vomitar, las sanguijuelas le devoraban restándole las pocas fuerzas que tenía. A cada pisada nueva el hedor aumentaba perturbando su cerebro que constantemente le ordenaba parar, detenerse, dejarse caer y descansar. Pero él ordenaba a sus piernas que continuasen, que siguieran caminando.

Ya no importaba la noche, ni el cansancio. Caminaba animado por una extraña fuerza, sentía sus piernas ágiles y ligeras... hasta que cayó. Después se abandonó al dulce sueño...

Le despertó el frío. ¿Cuánto había dormido? Estaba empapado de sudor. Movía los brazos y sentía un tremendo dolor, todos los músculos protestaban, y sentía frío, mucho frío; y también hambre, mucha hambre. Su frente ardía, y Eloy comprendió que ya no quedaba nada. Selva y hombre iban a probar a solas su valor, porque ella pedía, reclamaba su vida, quería hacerla parte de su Yo.

Fueron los zancudos que atravesaron su piel en esas breves horas de desfallecimiento. Le abrasaba la cabeza, y sin embargo el calor no llegaba hasta su cuerpo. Era un fuego absurdo, inútil y devorador: todo era crueldad contra su cuerpo. Sin embargo volvió a caminar destrozando unos pies que sangraban de dolor. ¡Pobre cuerpo maltrecho! ¿Adónde voy? -se preguntaba- hasta que se observó sentado en la maraña, rodeado de selva, reposando una fatiga imperecedera. Luego su tronco se deslizó para ya no sentir nada. Y allí, pegado a la tierra, sintió cómo su cuerpo comenzaba a ser sustancia y savia de la selva.

La patria declaró héroes de Filipinas a los defensores de Baler, apenas una treintena de supervivientes, hombres sin duda de gran valor. Pero a cambio, jamás recordó a aquellos cientos de españoles que en la jungla filipina quedaron olvidados en defensa de la Patria y de su honor.

ANGUSTIAS, ANARQUISTA Y MUJER

En los pueblos manchegos, durante los años de la Segunda República, el sindicato anarquista C.N.T desarrolló una intensa campaña de propaganda y afiliación. Los hechos y personajes de esta historia, aun ficticios sus nombres, corresponden a un hecho real.

Llegaron al pueblo predicando palabras de amor y libertad. Venían con sus aires de letrados y sus costumbres de ciudad, y más parecían cantamañanas, profetas de alguna secta, que luchadores de la libertad. Nadie les hizo caso, de modo que todos pensamos que no tardarían en «ahuecar». Pero se quedaron. Alquilaron el bajo de Jenaro, el lugar donde otrora tuviera la taberna el tío Facó, y allí comenzaron a dar sus lecciones y charlas. Al principio no iba nadie. Todos les veían como simples forasteros, señoritings vividores sin ganas de trabajar. Pero pronto la idea cambió. Eran muy prudentes y pasaban muchas fatigas para poder comer. Trabajaban todo el día en aquello que les salía, que no era mucho, dado el recelo que suscitaban, y por las noches se dedicaban con pasión a difundir sus ideas.

Es cierto, pues, que no fueron bien recibidos, pero ellos aguantaron. Luego, con el paso de los días, se acercaron los más curiosos. Después comenzaron a llegar otros. Lo hacían atraídos por los discursos que predicaban. Hablaban de un nuevo mundo, de un orden basado sólo en la justicia y la libertad. ¡Aquí, en este recóndito lugar, paraíso de caciques, ellos hablaban de justicia y libertad!

Paco también fue. Y al poco tiempo pareció como si hubieran pasado una garlopa sobre él. Llegaba a la casa a muy altas horas de la noche, cansado y entumecido, pero con una especie de luz en los ojos, con un brillo en el rostro que sólo podía provenir del corazón. Para mí fue como el amanecer de un nuevo día. De pronto, mi marido, un ser embrutecido por la vida, por la labor cotidiana y el mucho penar, cambió. Yo lo comprendí aquella misma noche en la que para llamarme pronunció mi nombre por primera vez:

- Angustias -dijo-, déjalo ya y siéntate aquí, junto a mí. ¡Quiero contarte algo!

Desde que nos habíamos conocido él nunca me llamó así: «Jaca, ven p'aca» -decía-; eso cuando flirteábamos reja de la ventana por medio, sin ningún atisbo de dulzura o sensibilidad. Entonces yo me negaba a aceptar que el amor fuera eso, unos arrimos furtivos y un desfogar del macho, siempre con prisas, siempre impaciente por hacer lo que había que hacer y acabar de terminar. Y cuando él se marchaba con su aire de hombre satisfecho, yo contemplaba las estrellas y aferraba llena de rabia los hierros de la ventana hasta que las lágrimas surgían dando paz a mi corazón. ¿Era eso ser mujer? ¿En eso se basaba mi vida? Trabajar desde que salía el sol, siempre asintiendo, siempre con la cabeza baja, humilde hasta en el respirar: «Calla, calla, ese es nuestro sino» -hablaba siempre madre-. Y yo: «Que no puede ser, madre, que no puede ser».

Paco me dejó preñada en una noche de frío intenso y amor clandestino bajo el cobijo de una manta de mulas colgada de la pared. Con brusquedad, zafiamente, como macho en celo poseyendo a la hembra en un dominio biológico esencial. Nos casaron unos meses después, cuando ya lo que llevaba dentro no se podía ocultar. Después vino el accidente, el aborto inevitable fruto del esfuerzo y del mucho trabajar. Salvé la vida a duras penas, pero ya quedé media mujer: nunca jamás podría parir. Para Paco fue como un mazazo en todo su orgullo y virilidad. Para mí supuso el desprecio y el arrinconamiento, como un útil sólo válido para trabajar.



Transcurrieron los años, y en el pueblo pasamos de la euforia incontenible de proclamar la República, a la amarga decepción de comprobar que todas las esperanzas depositadas en ella, ni se habían hecho, ni probablemente se harían realidad: con la República en el pueblo vivíamos peor, porque ahora ni siquiera podíamos desplazarnos

a otros lugares en las épocas de recolección. ¡Las nuevas leyes lo impedían! Cada pueblo debía contratar para esas labores a sus propios vecinos. De modo que aquellos sitios con poca extensión de término, o tierras montañosas no aptas para sementeras, veían llenar sus plazas de jornaleros cabizbajos y ociosos en busca de ocupación.

Paco se afilió a la Confederación, y aquello fue peor. Ningún propietario daba trabajo a jornaleros politizados. De modo que comenzó a beber, y su mirada se tornó torva y resentida. Llegaba las más de las noches borracho, y entonces me poseía con rabia, como queriendo desechar sobre mi cuerpo toda su impotencia y frustración.

Yo me sentía indigna, mil veces violada por un hombre al que ya no quería, pero con el que tenía que convivir... Luego fue el tiempo en que llegaron ellos. Y Paco cambió. Dejó de beber y hasta de fumar, y se aplicó al esfuerzo de aprender a leer. Nunca le había visto poner tantas ganas a una cosa. A los pocos meses ya se defendía con los libros que siempre llevaba junto al corazón:

- ¿Sabes por qué nos dominan? -me preguntaba levantando sus ojos de entre las manoseadas hojas- Porque disponen del Estado. Y el Estado es el poder, la fuerza, la coacción ...
- En la vida siempre ha habido ricos y pobres; siempre ha existido el que manda y el mandado. Y eso nunca va a cambiar -respondía yo.

Entonces él esbozaba como una benévola sonrisa, y haciéndome una seña con la mano me indicaba que me sentase a su lado:

- El Estado se basa en la única idea de que los hombres son malos, que dejados a su libertad se destrozarían entre sí. Por eso tiene que existir un poder vigilante capaz de ordenar y dirigir las más bajas pasiones. ¿Comprendes? Pero eso no es así -clamaba Paco-. Abusan de la ignorancia de los desposeídos, fomentan los instrumentos de represión y así se perpetúan en el poder.



Paco, afiliado prontamente al sindicato anarquista, fue uno de sus fundadores en la localidad. Así que pronto se convirtió en el líder local. Arengaba, socializaba, electrificaba a las masas jornaleras animándolas a reaccionar: la burguesa reforma agraria no había resuelto el hambre de pan y tierras; hora era de sublevarse y actuar.

Así que salimos a primera hora de la mañana, cuando el sol comenzaba a nacer y los atisbos del solano hacían barruntar un día infernal. Éramos unas veinte familias dispuestas a todo con tal de poder comer. Llegamos a la finca, y allí el casero nos aguardaba

escopeta en mano. Paco se encaró con él: «Si vas a disparar hazlo ya, porque no nos vamos a volver». No disparó. Bajó su escopeta y agachó la cabeza incapaz de afrontar la mirada de nuestros ojos. Ocupamos la finca y nos pusimos a trabajar. Pero a los pocos días apareció la Guardia Civil. Nos conminaron a marcharnos: por las buenas o por las malas. Fue por las malas. Y en el campo quedaron tendidos los cuerpos del casero, de uno de los guardias y dos de los jornaleros. A Paco lo arrastraron hasta la tapia del cobertizo y allí, de rodillas, le reventaron los sesos a golpes de fusil. Desde entonces, para mí, el suplicio comenzó.

Pese a todo, los años de presidio me enseñaron mucho. Aprendí a leer y escribir y pude comprender todo aquello que Paco descubrió: el valor de la libertad, la completa seguridad de que el pueblo puede ser libre y feliz si se organiza. En la cárcel me convertí en una luchadora por la libertad. Luego llegó el Frente Popular y con él fui libre. Desde entonces hasta hoy, aún inmersos en esta guerra que nos destruye, nunca he dejado de viajar hasta los pueblos para predicar y servir a la causa, para afirmar nuestra fe obrera en el odio al poder, al Gobierno, al Estado; nuestra esperanza en la bondad del ser humano, en el valor de la justicia y la libertad.



Creo que es bella la vida cuando camino junto a Ramón, ahora mi compañero. Y sonrío al pensar en aquel lejano día en que él llegó al pueblo para hablarnos de rebeldía e insumisión. Y cuando observo que repetimos lo mismo, que seguimos llegando con aires de letrados y costumbres de ciudad, pienso que ellos dirán de nosotros lo mismo que yo dijera un buen día: «¡Valientes cantamañanas!». Pero les miro a los ojos, y el amor,

aquel sentimiento que yo anhelara, inunda mi ser y noto que la fuerza me ilumina y que soy capaz de hacer aquello que tengo que hacer. Y lo haré, lo haré hasta el triunfo de la causa o hasta el fin de la revolución.

* * *

Heme aquí, nuevamente en prisión. Tan derrotada y vacía como en los peores momentos de mi vida. ¡Que poco dura la felicidad de los pobres! Me quedan pocas horas, pero no me importa morir. Ramón, mi compañero, abatido ante el pelotón, ya es sólo un recuerdo en mi alma, un rayo de luz que ilumina este proceso de mi total destrucción. Nada queda de lo que predicamos, nada queda de lo que hicimos. El mundo no marcha mejor. ¿Me equivoqué? ¿Nos equivocamos? Sigo pensando que no, y esa es la fuerza, esa es la razón que en el fatídico momento me ayudará a mantenerme en pie... Lo sé, lo siento en el corazón...

* * *

Angustias fue condenada a muerte y conmutada su pena por la de 30 años de prisión mayor. Cumplió 12. Fue liberada y emigró a México ayudada por organizaciones republicanas de aquel país. Desde entonces el silencio de su vida fue total, como si todo hubiera sido un sueño... Aunque ya se sabe: los sueños, sueños son.

EL ALCALDE DE ZALAMEA

1936. Las banderas legionarias de Yagüe, tras la toma de Badajoz, avanzan hacia Madrid. Detrás dejan un espeluznante reguero de sangre y destrucción.

¡Hostias! ¿Hasta dónde vamos a marchar? ¿Es que nunca se van a acabar estas caminatas? ¡Así no se hace la guerra! -se queja Rebolledo mientras camina bajo el ardiente sol extremeño; bandera legionaria, mosquetón al hombro, cien batallas tras de sí.

¡Calla y no te quejes tanto, que se te van las fuerzas por la boca! Total ya estamos cerca. ¡No ves al fondo el campanario!

Agacha la cabeza y frunce el ceño Rebolledo. ¿Será posible que descansemos ya? Y camina; camina y camina tras esa columna de soldados hasta que el rumor se extiende como una ola: ¡Es Zalamea!

Llega la columna. El capitán Quintero comenta con su sargento las cuestiones del alojamiento. Discuten trivialidades, turno de rancho, guardias; hablan también de la fidelidad de la villa:



- ¿Y quién es ese alcalde en cuya casa me alojás?
- ¡Hombre rico! -comenta el sargento-; poderoso cacique. Dicen de él que la misma noche del alzamiento, con su hijo y un par de vecinos, desalojaron ellos solos la casa consistorial autoproclamándose alcalde del glorioso movimiento y decretando la ley marcial. Parece, también, que es hombre de principios que no ha permitido desmanes y que incluso dejó marchar a todos los que no quisieron doblegar con la situación.
- ¡Poderoso y hombre de honor! ... Mala receta para estos tiempos -arguye el capitán Quintero-, todo sea que no tengamos algún percance. Advierta a la tropa que extremen su conducta, y que se castigará con dureza cualquier desmán.

- Se dice, también, mi capitán, que tiene por hija a la más bella moza del lugar y aun de la comarca, y que es hombre celoso de su honor.

Mientras, en la casa del alcalde, su hijo, Juan, atiende a la llegada de su padre:

- ¿De dónde viene, padre? -pregunta nervioso.
- De ver las eras -responde el alcalde-. Por cierto que las parvas están notables. ¡Buena cosecha la de este año! ... ¿Y tú, de dónde vienes? ¿No habrás estado otra vez en la taberna dándole al julepe?
- Sólo un par de manos, padre -dice agachando la cabeza el mocetón- ¡Sólo un par de manos!
- ¡Que habrás perdido como siempre!
- ¡Como siempre, padre!
- Ya te dije que hay dos cosas que un hombre de honor no ha de hacer: ofrecer lo que no puede cumplir, ni jugar más de lo que puede perder.
- Muy bien hablado, padre. Pero no olvide que no es de buen recibo dar consejos cuando lo que se necesitan son dineros... Por cierto, le han enterado ya de la llegada de los legionarios.
- Enterado estoy, y a atenderlos me marchó -respondió el alcalde.

El sargento Vázquez, pecho legionario surtido de tatuajes, sorprendió a padre e hijo en mitad de su conversación. La interrumpió con osadía. Le infundían gran valor su arma y sus galones. Por eso insistió sin disculparse:

- ¿Es usted el alcalde?
- El mismo que viste y calza. ¿Qué quiere?
- Comunicarle que mi capitán solicita su presencia urgente en la casa consistorial. ¡Es preciso alojar a la tropa!
- Dígale que enseguida iré.

Solucionadas las cuestiones de logística, se aloja el capitán Quintero en la casa del alcalde. Amistosa ha sido la bienvenida, aunque algo distante y fría. Por eso frunce el ceño mientras pregunta a su sargento:

- ¿Qué? ¿Y dónde está la moza de que tanto hablabas?
- Seguro que la ha escondido ese cazurro. ¡Mal rayo le parta!
- Pues ten cuidado con él, que no parece hombre de bromas.
- ¿Cuidado yo? ¿Cuidarse un sargento legionario de un patán con ínfulas de autoridad?
- Sí, tú. Procura mantenerte a distancia que ese no es hombre a quien impresionen los galones.

Buscó y removió el capitán por toda la casa. Andaba como obsesionado por la idea de esa joven. Por eso se encolerizó al encontrar varias puertas cerradas bajo llave.

- ¡Sargento, busque al alcalde!

Cuando éste llegó, el capitán le pregunta:

- ¿Qué escondes detrás de estas puertas?
- Mi honra, señor, mi honra y también mi honor.
- ¡Tu honra! ... O será quizá la de algún maldito sedicioso...
- ¡Señor, le juro...!
- ¡Ábrame de una vez o hecho la puerta abajo!

Pero no hubo lugar. Se abrió la puerta y tras ella apareció la hija del alcalde, una mujer cuya belleza hizo palidecer al capitán.

- ¿Qué pasa, padre?
- ¡Nada, hija! Anda, vuelve a tu habitación.

Discuten el capitán Quintero y el alcalde. Ya no quiere que éste permanezca allí:

- ¡Pues aquí me quedo! -dice el capitán.
- ¡Eso lo veremos! -dice el alcalde.

Se reconcome el capitán. ¡Dios, es fuego esto que siento! ¡Mejor hubiera sido no haberla visto!



Cae la noche en Zalamea. Beben los legionarios en taberna que pronto se les queda pequeña. La calle acoge a esos borrachos que cantan por peteneras. Se enardecen los ánimos, se golpean las puertas cerradas a cal y canto por el paisanaje: hijas, madres, esposas, se ocultan temiendo los excesos. La bronca se barrunta...

Acude el capitán Quintero, pistola en mano: ¡Estaos quietos, borrachos miserables!

Acude, también, el alcalde con su hijo y dos alguaciles, escopetas de caza prestas. Se miran, hay reto y odio en esos ojos:

- Esto no puede ser, capitán -dice el alcalde.
- Lamento esta trifulca... Ya está controlada...
- Quiero a sus tropas fuera de mi pueblo.
- Saldremos mañana, como está previsto, ni antes ni después...

Ambos hombres se observan. En otra situación quizá pelearían, pero ahora son autoridades; les vence su obligación. Por eso atienden a lo prioritario que es garantizar la tranquilidad de la población.

Regresa a casa el alcalde. En el camino el hijo aprovecha para hablar a su padre:

- Me voy con las tropas... Me he enrolado esta tarde... Aquí tú lo eres todo. Salvaste el pueblo, garantizas la vida en paz. ¡Eres el alcalde! ¿Y yo qué soy? Tu sombra y tu pesar. ¡Tengo que marcharme, padre! Y cuando vuelva, si es que vuelvo, será con orgullo y honor...



No habla el alcalde. Abraza compungido a su hijo, le aprieta con fuerza. ¡Haz lo que debes! Y si la patria te pide la vida, procura dársela con honor.

Apenas han transcurrido unas horas desde que se marcharon las tropas y ya odia su paso por Zalamea, que hasta a su

hijo se llevaron. Cae una nueva noche; la fresca brisa barre las calles.

Camina oculto por las sombras el capitán Quintero. Loco de rabia y despecho, salta las tapias, cruza corrales, escala el balcón, entra en la habitación y allí forcejea con la muchacha hasta consumir su actuación.

En el campamento, apenas dos días desde su marcha, Juan, el hijo del alcalde, participa en esos corrillos donde las risas y bulos corren con facilidad, al igual que el vino y el alcohol. Allí, sorprendido y asombrado, escucha la nueva aventura de su capitán: de aldeana sometida sintió nombrar a su hermana, de gallardo don Juan a su oficial. Y la vergüenza y la ira le inflaman el pecho, lágrimas de dolor surcando su rostro y su corazón.

Largas se hacen las horas hasta que al fin el campamento duerme. Brillan las estrellas y arrullan los grillos en esa serena noche que de pronto queda rota por el fragor de dos disparos:

- ¡Ha sido en la tienda del capitán!-, grita el centinela.

Despiertan los hombres, corren los guardias, se agita el capitán empapado de su propia sangre... Está herido en un hombro y en el brazo... Es preciso trasladarle hasta el pueblo más cercano.

Así, en los albores del amanecer, una camioneta entra en Zalamea. Escuadra de legionarios, un sargento y el herido capitán.

Le atienden con prontitud. ¡Ha habido suerte! -dice el galeno- Una herida limpia en el brazo, y apenas un roce en el hombro, en fin, unos días de descanso y quedará como nuevo.

Conoce el alcalde de la llegada del paciente, y hasta la casa del médico se allega. Allí, mira al desalmado para hablarle cara a cara:

- Capitán, Dios nos da a ambos una nueva oportunidad de reparar este agravio. Por mi parte todo se lo doy a ella. De usted sólo espero que nos devuelva el honor.
- ¡Ya basta! -dice el capitán- ¡Qué honor ni qué gaitas! Hemos liberado estos pueblos, la tropa se ha divertido un poco... Estas cosas ocurren en la guerra. ¡Venga, ya está bien, déjeme en paz!
- Así que se niega usted a reparar mi honor -dice con rabia contenida el alcalde.
- ¡Tu honor! ... Qué honor puede haber en un pueblerino patán.
- Pues si no hay reparación habrá justicia, que esa, en Zalamea, la pongo yo.

Apenas han transcurrido un par de horas, y ya está Juan ante el improvisado Consejo de Guerra, juicio sumarísimo en el que asiente su culpabilidad:

- Abusó de mi hermana, mi coronel. No es digno de vestir el uniforme, ni siquiera de vivir.
- ¡Comprendo, legionario, pero aquí la justicia corresponde a la autoridad militar!
- Qué autoridad militar... La misma que se escuda en sus estrellas para asaltar y violar.
- La misma que juzgará a ese oficial y que ha de condenarle a usted por el intento de asesinato de su superior al mando.

Mientras, las noticias corren por la Bandera. ¡El alcalde de Zalamea ha detenido al capitán Quintero y pretende someterlo a juicio sumarísimo! Hasta el pueblo se desplaza rauda una columna de legionarios. En el despacho del alcalde su comandante exige la entrega del capitán:

- Es culpable de allanamiento, secuestro y violación. ¿Qué pena merece en tiempos de guerra según el Código de Justicia Militar?
- ¡La de muerte, probablemente! pero ese es un tema de jurisdicción militar.
- En Zalamea, señor, yo soy jurisdicción civil y militar.
- Sólo cuando no haya fuerza militar en la población, y ahora la hay. Así que entrégueme a mi oficial, que se hará la debida justicia.
- Bien, responde el alcalde, acompáñeme ...

Salen del despacho. Bajan las escaleras, recorren el zaguán, salen al patio interior. Al fondo junto a la tapia yace el cuerpo acribillado del capitán:

- Un poco tarde, comandante. Anoche no había fuerza militar en la plaza. El juicio se celebró con toda la urgencia y las garantías que establece la Ley. La sentencia fue acorde con el delito. Se ejecutó a primeras horas de la mañana... Así, pues, mi comandante, tome el cuerpo de su capitán que en Zalamea ya se ha hecho justicia.
- Sí, demasiado tarde, murmura cabizbajo el comandante... ¡Ojalá hubiera sido de otra forma! -dice mientras mira fijamente esos ojos vengativos-. Y es que él sabe algo que el alcalde ignora: que en su campamento, al igual que en Zalamea, en el mismo amanecer, y quizás a la misma hora, el cuerpo de Juan, su hijo, apenas un muchacho, también ha caído bajo las balas del pelotón.

EL PROCESO

En 1939, finalizada la Guerra Civil, el bando vencedor inicia una gran «depuración» de los elementos no afectos al nuevo régimen a través de sumarísimos Consejos de Guerra. Los hechos se corresponden con la causa 519/1939 en la provincia de Ciudad Real.

¿Organizó Usted el llamado Frente Popular?



Cuando don Carlos Palop decidió encabezar la lista del Frente Popular toda la población supo que sería de nuevo el alcalde de la ciudad. Lo había sido ya durante el periodo de la Dictadura, y todo el pueblo apreciaba su temple y buen hacer. Así que los comicios, como era

de esperar, le dieron una mayoría aplastante e incondicional. Y el electo alcalde respondió a ella como correspondía, gobernando para todos y buscando el progreso material para su pueblo sin distinguos de colores políticos ni otras prebendas de carácter material.

Por eso, cuando en los primeros días de agosto llegaron los milicianos de Madrid, un camión rotulado con las siglas FAI-CNT y dos docenas de hombres, y abordaron su despacho exigiendo que les diera los nombres y direcciones de todos los fascistas de la población, don Carlos reaccionó con habilidad dedicando una magnífica acogida a los «héroes» de Madrid.

- Bueno, bueno, lo primero es lo primero, y lo primero es alojarles y darles de cenar, que es largo el camino desde Madrid y también hay que divertirse y descansar, no les parece. Así que considérense huéspedes del Consistorio mientras permanezcan aquí, que por otro lado la misión que les ha traído bien puede esperar hasta el amanecer. Así, seguro que todos los pájaros estarán en sus nidos y evitaremos que alguno eche a volar.

De buen grado acogieron los anarquistas esta propuesta y apenas se había puesto el sol cuando ya se encontraban abotagados por el vino. Tanto que no fueron capaces de discernir en qué momento el alcalde había abandonado la población. Don Carlos, en cambio, sabía bien lo que tenía que hacer. Así que acompañado de su fiel ordenanza, y en el máximo silencio, empujando ambos la camioneta con el motor parado hasta las afueras de la población, partieron en dirección a la capital donde llegaron apenas una hora después. En esta ciudad y en el seno del Comité de su partido, la discusión fue agria y violenta:

- No lo permitiré -decía don Carlos-. En el pueblo gobierno yo, y yo digo que mis vecinos son gentes de bien, trabajadores y leales a la República.
- ¿El cura también? -terció con una sonrisa malévola el secretario del Comité.
- El cura dejó de ser cura desde el mismo día en que se produjo la rebelión y ahora es un trabajador más que se gana su sustento como todos los demás. Así que allí no hay nadie a quien «pasear». Y si hubiera alguien lo haríamos nosotros y no esos pendejos de Madrid. Y ahora me decís si me vais o no a ayudar.

Don Carlos Palop regresó con dos camiones de milicianos de la UGT bajo sus órdenes. De modo que los visitantes, sorprendidos en los efluvios de su propia borrachera, poco pudieron hacer.

- Podéis iros como habéis venido, tranquilos, armados y bien, o desarmados y por pies. ¡Vosotros diréis!

Y los cenetistas, con poco agrado, desde luego, pero sin otra opción, decidieron marcharse por las buenas, armados y bien. Y aquel pequeño lugar pudo dormir de nuevo tras el miedo superado. Don Carlos Palop era así.

¿Entregó Usted al vecino de Cervera, Matías Cervigán?

Monsalve era hombre fornido, en esa edad en la que los trabajos y sufrimientos de la vida comienzan a hacer a uno declinar. Muy despierto y muy curtido, estaba totalmente convencido de que en cada momento había que hacer lo que había que hacer. Por eso cuando Miguelito Valverde, el miliciano-sereno, se presentó comunicándole que en la ronda nocturna había descubierto al huido de Cervera, sus nervios se aceleraron y su metódico caletre se puso a cavilar.

- ¿Dónde lo tienes, Miguelito?

- En el calabozo municipal. Y como usted sabe que el señor alcalde se encuentra de viaje y yo no sé bien lo que hay que hacer, pos aquí me tiene, pa lo que guste mandar.

Monsalve, jefe de las milicias locales, representaba la autoridad en ausencia del primer edil, bien lo sabía. Como también sabía que en el pueblo no se había cometido ninguna tropelía y que esa era la voluntad popular. Además don Carlos, el alcalde, había incluso arriesgado su vida en este empeño y no le perdonaría que en su ausencia ocurriera alguna calamidad; eso sí no le descerrajaba dos tiros. ¡Menudo era don Carlos!

Los milicianos de Cervera no tardaron en llegar. Gentes de su propio partido, compañeros de clase e ideología, le saludaron con la máxima efusión.

- De modo que habéis cazado a ese fascista. ¡Me alegro! Pa que luego digan de los de aquí.
- Está detenido en el calabozo municipal -argumentó Monsalve-. Y ahí es donde se va a quedar hasta que disponga la autoridad.
- ¿La autoridad? ¿Qué autoridad? -preguntó el miliciano que comandaba la expedición.
- La del señor alcalde, don Carlos Palop.

La sonrisa siniestra surgió en el rostro del miliciano como si fuera grieta de marfil en cuero cordobán.

- Aquí, ahora mismo, no hay más autoridad que la tuya. Y esa se encuentra sometida al partido. De modo que ahora mismo nos entregas a ese fascista, como ordena nuestro Comité, o aquí se líe la de Dios.

No tenía alternativa. Así que Monsalve, a pesar de los pesares y aun con la inseguridad que le atenazaba ante la idea de provocar males mayores, se lo entregó. Después los vio partir y sintió los desesperados ojos de aquel hombre fijos en los de él mientras se alejaban de allí. Así que permaneció estático contemplando el vehículo que se retiraba hasta que al torcer la curva de la iglesia éste desapareció. Luego, con total nitidez le llegaron los ecos de las descargas, y supo que a aquel desgraciado le habían fusilado, sin más, frente a la tapia del cementerio.

¿Ordenó Usted el saqueo de la Iglesia parroquial y la mutilación de las imágenes sagradas?

La plaza bullía ante la gran aglomeración. Las noticias que llegaban

eran confusas: el ejército colonial se había sublevado, pero La República controlaba la situación. Don Carlos salió al balcón del Ayuntamiento y arengó a sus ciudadanos sobre la fidelidad del consistorio hacia el Frente Popular y la necesidad de que todos conservaran la calma y marchasen tranquilos a sus casas «porque en este pueblo no ha pasado nada ni tiene por qué pasar».

Pero los días se sucedieron y las noticias de lo acontecido en unos y otros pueblos fueron llegando. Los asesinatos de curas y derechistas, la quema de iglesias y la destrucción de imágenes religiosas eran el «pan republicano de cada día». Así que ante lo que se avecinaba don Carlos optó por resolver el nudo gordiano afrontando radicalmente la cuestión:

- La iglesia queda incautada y a disposición municipal. El edificio, en principio y hasta que se disponga otra cosa será habilitado como albergue para transeúntes y refugiados. El cura pasará a ser empleado municipal ocupándose de la limpieza del inmueble y la educación, laica por supuesto, de los hijos de refugiados.
- ¿Y qué hacemos con las imágenes y todo lo demás? -preguntó su secretario.
- Lo sacáis todo a la plaza. El que quiera llevarse alguna imagen a su casa por convicción religiosa, que se la lleve y la cuide. Para el resto habilitáis algún lugar y las guardáis en depósito como cualquier otro bien municipal.

Y así se hizo. Los milicianos de Monsalve trasladaron toda la imaginería hasta el centro de la plaza, y allí, algunas de aquellas imágenes, pocas, esa



es la verdad, fueron retiradas por los vecinos. El resto se trasladó a un pequeño cobertizo en las afueras donde quedaron almacenadas sin otra protección que unas viejas esteras de vendimia. El calor arreciaba y los sudorosos milicianos, deseosos de acabar cuanto antes, no fueron especialmente delicados en el traslado de modo que algún que otro golpe dejaron las imágenes con algún desconchón.

¿Se declara Usted autor del atentado contra la botica de Don Atiliano Muñoz?

Ciriaco Baeza ejercía las funciones de escopetero a las órdenes del Comité. Afiliado desde sus inicios a la Casa del Pueblo, pronto se afilió al partido mostrándose como uno de sus más activos baluartes. Jornalero de profesión, había pasado todo tipo de calamidades en la vida. En la Casa del Pueblo aprendió a leer y escribir y allí escuchó las primeras nociones de ideología revolucionaria. Después, en él, todo fue fervor político y afán socializador. Probablemente tenía muchos motivos para odiar. Pero si odiaba, ese odio lo guardó porque nunca cometió ningún abuso, limitándose a cumplir las órdenes que emanaban del Comité. Bueno, nunca, salvo aquella noche en que celebrando la toma de Teruel, el vino y los jarretes corrieron con profusión. Cuando salió a la calle apenas podía caminar tambaleándose en total estado de embriaguez. Y así, caminando de lado a lado de la calle fue a dar con la puerta de la botica, donde doblado sobre sí, arrojó todo el exceso de vino peleón. Luego, cuando sudoroso y demacrado levantó su rostro y leyó el letrero, su mente recordó:

- Ciriaco, tienes ya mucho crédito pendiente. Si no me entregas algo a cuenta no te puedo servir.

Don Atiliano, el boticario, no era un mal hombre. Tan sólo tenía la mala suerte de tener una farmacia allí y no en Madrid, por ejemplo. De modo que sus paupérrimos clientes apenas le podían pagar. Y él les fiaba, a uno y a otro, hasta que sus cuentas se hacían largas e imposibles, y entonces... bueno, por algún sitio había que cortar. Y le costaba aquello de cortar, bien lo sabe Dios, pero qué otra cosa podía hacer.

Ciriaco recordó aquella miserable tarde en que tuvo que marcharse sin la pomada de azufre que necesitaba. Sus hijas tenían sarna, y el único remedio que les pudo llevar fue decirles que se pusieran a rascar. Sollozó desesperado entre los vapores de la embriaguez, sus manos en los bolsillos. Entonces lo tocó, era alargado, duro, demoledor. Lo había sustraído en la visita que hicieron a las minas de Almadén. Cogió la dinamita, y sin pensárselo otra vez prendió fuego a la mecha. Después dejó el cartucho junto a la puerta y tambaleándose echó a correr.

¿Ordeno Usted las detenciones y el traslado de los hermanos Sánchez-Vigón?

Abel Muñoz fue nombrado presidente del Comité de defensa. Asumió sus funciones con suma preocupación, sobre todo aquellas que se referían a

las tareas de información. Le dolieron, por tanto, las detenciones. Pero todas esas personas eran partidarias de las derechas y muchas tenían hijos y familiares que se habían pasado a los fascistas. Su información era vital. Así que previo requerimiento, ordenó su traslado a la prisión provincial. Allí, unos días después y para su consternación, algunos de los trasladados fueron fusilados.

Cuando el jefe de las milicias, Monsalve, se enteró montó en cólera. Sin embargo debía obediencia al presidente del Comité. De modo que ya practicó él mismo el resto de las detenciones y ordenó que se guardara con los detenidos todo tipo de consideración. Luego, una vez interrogados comunicó a don Carlos la conveniencia de su liberación. Ambos la consideraban ineludible. Pero Abel, más cauto y como presidente del Comité, quiso someter la cuestión a una asamblea del Frente Popular. Y en ella, lejos de reinar la concordia, fue el disenso lo que predominó. Curiosamente fueron los republicanos, Francisco y Tiburcio, los que más se opusieron a la liberación.

- Por mí que se queden en prisión hasta que se pudran - voto Tiburcio, dirigente de Izquierda Republicana en la localidad.
- Lo que hay que hacer es quitarlos de en medio, como han hecho los demás. La República no es compatible con fascistas -alegó Francisco.

Nuevamente tuvo que utilizar don Carlos sus dotes más persuasivas para evitar lo que se avecinaba.

- Aquí no se pasea ni se deja en prisión a nadie que se gane su pan honradamente. Y ninguno de los detenidos es un maleante ni ha hecho daño a nadie. Tienen ideas diferentes, pero conviven en paz, trabajan y cumplen con sus tareas cívicas...
- Pero son fascistas -clamó Tiburcio.
- Fascistas, sí, y también gente de bien. Así que se acabó la cuestión. El que quiera pasear a alguien que venga primero a por mí.

Y no fueron a por él, evidentemente. Por lo que Monsalve, aquella misma tarde, con gran satisfacción por su parte, puso en libertad a los detenidos.

¡Levántense los acusados!

Los encausados, el destituido alcalde, don Carlos Palop, el ex jefe de las milicias, Monsalve, el antiguo presidente del Comité, Abel Muñoz y el escopetero municipal, Ciriaco Baeza, se levantaron de las sillas flanqueados por legionarios. El ambiente del salón municipal era de suma tensión. Pese a ello todavía don Carlos centró la mirada en su antiguo

sillón de alcalde ocupado ahora por el juez togado militar. Después observó a Monsalve que sudaba por su frente pese al frío reinante. Quiso tranquilizarle con una cómplice sonrisa, pero sólo le salió como un gesto amargo de resignación.

«¡Este tribunal les encuentra culpables del delito de rebelión militar!»



Algunos años después, a requerimientos del Consistorio, la causa 519/1939 fue revisada. Se encontraron entonces numerosos errores de procedimiento y forma. Por ello la causa fue anulada y se reabrió un nuevo proceso que concluyó reconociendo lo desproporcionado de las penas y anulando la sentencia

en recurso de Revisión. Para entonces, don Carlos; Monsalve; Ciriaco y Abel, hacía años que estaban criando malvas...

COMO LOBOS

Año 1944. El «maquis» persiste en su intento de mantener el conflicto armado esperando en el próximo final de la Guerra Mundial y el previsible triunfo de las democracias. La Guardia Civil les acosa y persigue utilizando contra ellos y la población civil los medios más represivos a su alcance.

Entraron como elefantes en una cacharrería, brillantes los tricornios, persuasivas las culatas de los máuser, sin hacer preguntas, destrozándolo todo; y así se lo llevaron, inflamada y sanguinolenta la cara de tan tremendos culatazos, trastabillando, los pies descalzos sin apenas dejarlo sostenerse en pie. Y él me miraba con aquellos ojos ausentes, perdidos entre la nube de lágrimas que pugnaban por salir, despidiéndose en su congoja de aquel que sabía que no volvería a ver:

- ¡Camina, so cabrón! -clamaban los civiles.

Y allí quedé llorando en el más ínfimo y putrefacto rincón de aquel establo en el que María, aquella alma noble y bondadosa, fiel compañera, me ocultó.

Nieva. La nieve es mala cosa, para los animales y para mí. Medran los lobos por la sierra, la nieve los vuelve fieros, porque les hace pasar hambre, mucha hambre, igual que a mí. Por eso sigo el rastro del conejo. Ha avanzado a saltos por la nieve, a toda prisa, se ve que le perseguían volando, porque no hay ningún otro rastro por el suelo. Sería el águila o el búho. Sí, aquí están, marcadas en la nieve las alas del búho, pelos y sangre. Le agarró pero se le escapó. Me paro. Oteo el territorio, alerta mi olfato y mis sentidos. Mis ojos se posan sobre aquella mata. Está ahí, le veo, lleno de sangre su lomo. Un golpe certero con el palo. ¡Lo siento amigo conejo! pero te hubieras muerto de todos modos. Ya estabas medio muerto, las tripas fuera. Te he quitado el sufrimiento. A cambio tú me das la vida...

No, nunca podré olvidar aquella perdida noche en la que el terror dio paso al desconsuelo, en la que los llantos y las lágrimas se me acabaron agotados entre el miedo, el cansancio y la soledad. Cuánto penar durante aquel amanecer en que María, arrastrándose y sin aliento, me recogió refugiándome entre sus senos como hacía siempre que yo tenía miedo.

Y así me tuvo hasta que sus brazos flojearon y sus ojos quedaron yertos y como fijos en la nada. Por la mañana, cuando me encontraron, aún estaba abrazado a ella, hipando mi desconsuelo sobre aquellas carnes machacadas:

— ¡Cabrones! -dijo Mauricio- ¡Anda, tráeme una manta, no se nos muera también!

Y así fue cómo Mauricio pasó a hacer de padre, y Aquilina, a regañadientes y sin querer, no tuvo otra que agachar la cabeza, cerrar la boca y tragar con aquella maternidad impuesta que Dios sabe que nunca, en todos estos años, llegaría a aceptar. Pero me trataba bien. No pudo darme el cariño que su frustrada maternidad le impedía tener, pero tampoco dejó nunca de cumplir con aquel papel que su marido le asignó. Cuidaba de mí, vigilaba mis comidas, mi aseo, me atendía en la enfermedad. Pero nunca salió de sus labios una palabra cariñosa o de amor, aunque tampoco sabía sacarlas para los demás. En cambio Mauricio lo era todo para mí: padre, maestro, amigo... Yo sí que fui un hijo para él. Vivía por mí, y de él aprendí a saber de aquel mundo en que vivíamos, a sobrevivir de la nada, a conocer montes, lagunas, trochas y veredas; a hacer de la naturaleza mi libro de vida particular. Logré saber de cada palmo de terreno, de cada covacha, de los puntos de encuentro y las señales difuminadas en las lindes de los senderos, aprendí el valor curativo del tomillo, del romero, de las pócimas y cocimientos de cortezas de sauces y enebros. Aprendí a colocar huesos quebrados, a entablillar y vendar miembros dislocados, a cortar infecciones, a sortear retenes en noches sin luna, a hacer del silencio el mejor compañero, la mejor garantía de seguridad...

No he cazado nada. Tengo siete lazos puestos pero no he cazado nada. Así que tengo que comer las setas que quedaban bajo la encina, asadas junto a algunas bellotas. Saldré adelante, pero necesito carne. La carne cruda que es como más te quita el hambre. Comes una tajada cruda y estás todo el día satisfecho. En cambio la comes asada y unas horas después ya vuelves a tener hambre. Pero no hay caza. Suerte que tengo reservas de bellotas dulces, de las encinas. Porque los robles y coscojas dan bellotas amargas que no sirven para comer. Es bueno tenerlas escondidas en sitios diferentes. Si se te estropean en un sitio, en el otro no. Porque es malo tener hambre. El hambre te ciega. Y los escondrijos pueden encontrarlos los ratones y los hombres. Y si lo encuentran los hombres pueden conformarse llevándose lo que hay, o pueden esperar a quien lo escondió. A los escondrijos hay que acercarse con mucho cuidado. Pero el hambre te ciega y te hace descuidado. Por eso es malo tener hambre...



Bajaban por las noches sabiendo que los íbamos a ocultar, que aquí encontrarían provisiones con las que volver a los montes para seguir en la lucha, que serían atendidos enfermos y heridos, que aquí, en definitiva, tenían un camarada que no les iba a fallar. Bueno, uno no, tenían dos, porque yo hacía otro tanto que Mauricio o más... Hasta que ocurrió otra vez...

Entraron como elefantes en una cacharrería, brillantes los tricornos, persuasivas las culatas de los

máuser, sin hacer preguntas, destrozándolo todo, y se lo llevaron igual, sanguinolenta la cara, trastabillando sin apenas dejarlo sostenerse en pie. Y yo le veía; veía a Mauricio encaramado desde la encina, mordéndome los nudillos para que el miedo no me traicionase y me pusiera a gritar. Se lo llevaron también, igual que me hubieran llevado a mí. Pero yo los esperaba siempre, sin confiarme ni un momento. Yo conocía el terreno, era dueño de mi vida, y no me iba a dejar coger. A mí no me llevarían trastabillando, medio muerto de golpes y culatazos. Allí estaba el monte, aquel era mi mundo, y allí tendrían que venir, a mi terreno. De modo que me convertí en este animal que ahora soy. Porque vivo como ellos, como lo que comen, bebo lo que beben, vivo en mi guarida igual que ellos. Sí, aquí estoy, convertido en un animal que se alimenta de odio, que vive para matar, cazar o ser cazado, a eso es lo que se reduce toda mi vida actual.

Mira, son buitres. Uno, dos, tres... hasta seis puedo contar. Yo creía que ya no quedaban buitres. Pero sí quedan. Vuelan indicando que hay algo muerto en el centro del redondel que marcan en el cielo. No fallan. Voy a verlo, aunque la tierra está blanda. La lluvia es buena, pero reblandece la tierra. Y en la tierra blanda se quedan todas las huellas. Hay mucho barro, y aunque tengo cuidado las botas se me cargan: suben los buitres hacia lo alto, les he asustado. Entran y salen, corretean las urracas. Allí está el muerto. Pero hasta para acercarse a un muerto hay que precaverse. Nadie puede dar lo que no tiene. Un muerto no puede dar vida, sólo puede dar muerte. A los muertos hay que acercárseles con mucho cuidado. ¡Es un ciervo! Y necesito su carne, pero más aún necesito su piel. Tengo que ser como ellos, como los buitres, prudente. Porque es sospechoso que haya caído en un sitio tan limpio. Los animales heridos, al sentir cerca la

muerte buscan sitios espesos para ocultarse. Lo pueden haber puesto para esconder veneno entre la carne. Veneno en las entrañas de los muertos para que produzcan más muertos. Esperaré, aunque me mate el hambre, esperaré. Pero las urracas siguen comiendo y no se ve a ninguna atontada o moribunda. ¡No, no hay veneno! A por ella. A por esa piel y ese lomo, a por esa comida que burlará la muerte...

Ya hace tiempo que dejé de contar los días, qué más da. Mis instintos son primarios, comer cuando tengo hambre, beber cuando tengo sed, dormir bajo un abrigo, tener algo de calor, aumentar este odio basal de matar.

Antes no odiaba, sólo huía. Me protegía, nunca atacaba si me dejaban en paz. Pero los hombres, cuanto más baja es su condición, más miserables llegan a ser. Yo nunca les hice daño, pero aquellos pastores se chivaron. Seguramente por la ruin recompensa: ¡Veinte duros! a cambio de la vida de un hombre. ¡Miserables!

Cuando bajé los civiles me esperaban. Pero yo supe que estaban allí, agazapados, escondidos. Así que di media vuelta y volví a subir al monte. Me aposté entre los riscos y esperé. Esperé y esperé hasta que les vi salir. Seis, siete... hasta diez pude contar. Por eso fui a por esos dos. Les puse de rodillas apuntándoles en la nuca. Después abrí la navaja cabritería y lentamente les rebané el pescuezo. Esos miserables no se merecían el gasto de dos balas. Se mearon antes de morir. No tuve compasión. Tampoco tengo remordimientos. Así es como mueren los chivatos. En el monte las leyes son las que son: ¡Vive y deja vivir! No hay cabida para nada más.

No me gusta robar. Prefiero pedir. Mauricio decía que donde más se nota la miseria humana es en el robar. Hay que ser muy poco hombre, muy miserable para quitarle a otro lo suyo. Pero hay veces, cuando necesitas algo desesperadamente, y el que lo tiene de sobra no te lo da, entonces merece que le roben, o quizá algo peor.

Ya hacía dos días que no comía. Así que me acerqué a pedir algo en aquel cortijo tan lujoso. Pedí comida pero no me dieron. Me echaron de malos modos, clavados los ojos sobre mí. Ese hombre me conoció. Yo nunca le había visto, pero él me conoció. Me escondí cerca de la casa. Al poco salieron, el hombre y su mujer. Montaron en el coche y se fueron precipitadamente hacia el pueblo cercano. Me había conocido y lo iba a denunciar a la Guardia Civil.

Se acercan. Me están cercando, están cerrando su círculo sobre mí, sin dejarme resquicio por el que poder escapar. Me abandonan las fuerzas haciéndome desfallecer. La herida del pie se ha debido gangrenar. No

sentí cuando la bala me atravesó el talón. Solo corría y corría buscando huir. Después, cuando les despisté, llegó todo el dolor. Ahora tengo el pie negro como la pez, y la fiebre y el dolor me impiden caminar. Así que comprendo que ya todo se acabó y ni siquiera sé para qué tuve que pelear, por qué me empeñé en mantener una vida que no tenía sitio en ningún lugar ¿Por qué no pude morir en aquellas ocasiones yo también? ¿Por qué tanto penar? Miro las estrellas y pienso que pronto formaré parte de ese infinito tan brillante, y que todo tendrá un rápido final.

Le encontraron muerto debajo de un chaparro. Tenía el pelo muy largo. Y la barba también muy larga y muy sucia, y muy revuelta. Vestía una chaqueta y unos pantalones remendados con trozos de pellica de conejo y de venado. Y las botas rotas recosidas con alambres. Se había quitado la de la pierna izquierda que la tenía negra e inflamada como a punto de reventar. El olor que dimanaba era espantoso. Olía a sufrimiento, fiebre y enfermedad. Pero a lo que más olía era a lobo, todo aquel ser olía a lobo más aún que los propios lobos... Y es que como los lobos vivió hasta el final...

De él nadie supo su nombre. Nadie lo pudo identificar. De su recuerdo sólo quedó una breve historia más, otra insulsa y oscura historia de maquis que contar.

EPÍLOGO

Mosaicos de nuestra historia

Si ya de por sí un mosaico romano –como los numerosos encontrados en Alcázar de San Juan– despierta admiración a cualquiera mínimamente emocionado con el arte, si supiéramos la preparación que hay detrás, valoraríamos incluso más la obra de arte milenaria. Los artesanos diseñaban el dibujo, que se llamaba émblēma (que significa «adorno superpuesto»), que luego dividían según los colores. A continuación, en el taller, se fabricaba un papiro con el boceto, sobre el que se colocaban las teselas. Pero aun esta operación no era tan sencilla: las teselas se insertaban invertidas, conformando el dibujo hacia abajo, para luego transportarlo al lugar indicado, darle la vuelta y fijar el mosaico final. Si una sola tesela se había colocado erróneamente, todo el trabajo se arruinaba. Si el artesano había acertado, el resultado –esa combinación casi mágica de colores, formas y figuras– se revelaba ante los ojos asombrados, y aún hoy nos permite darnos cuenta de la importancia de los pequeños detalles y el peso de cada poso de esmero vertido en cualquier obra artística, intelectual o literaria. Un gran mosaico lo debe todo a cada una de sus teselas.

Hoy, en una época en la que cuando se habla de novela histórica se evoca rápidamente la imagen de un libro de quinientas o mil páginas, Mariano Velasco reivindica la importancia y riqueza del cuento histórico. Y lo hace con una nueva entrega de la colección TESELA cuyos capítulos, como esas pequeñas piezas de cerámica que forman los mosaicos, son tan pequeños como elaborados, preparados y conseguidos. Ha investigado para hallar cada dato que colocar mimosamente en su lugar; dar forma y color a cada renglón, a cada palabra, a cada letra. Como un auténtico artesano enamorado del trabajo bien hecho, nunca dejaría al azar un dato, un comentario, una descripción... para fabricar su propio mosaico literario, enraizado en su tierra pero jamás anclado a ella, sino que viaja y atraviesa fronteras temporales y físicas para desentrañar pasados de nuestro presente.

Si el artesano se siente orgulloso al contemplar el resultado de sus teselas bien ordenadas, Mariano debe enorgullecerse cuando sus lectores no sólo nos vestimos con los ropajes de los personajes descritos, sino que sufrimos sus miedos, sentimos sus fríos, padecemos sus sudores y empatizamos con sus cuitas. Nunca se echan en falta páginas si las presentadas están bien colmadas del suficiente talento y labor como para evocar y encarnar hechos y deshechos de la historia, para crear un mosaico lo suficientemente bello y realista, que son los que este incansable alcazareño magistralmente baja al suelo, que es el que pisamos, que es el que nos sostiene, que es el que comúnmente obviamos cuando se nos llenan las manos de páginas y glorias.

Héctor Campos Castillo.

NORMAS DE PUBLICACIÓN

La revista TESELA es una producción del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan cuyo objetivo es recoger trabajos referidos a los aspectos de estudio, investigación y creación que se puedan presentar con el denominador común de Alcázar de San Juan y de acuerdo a las siguientes normas:

- 1.** En sus páginas se publicarán los trabajos presentados a tal efecto que estudie su Consejo de Redacción.
- 2.** Los trabajos serán generalmente inéditos. También se podrán presentar trabajos no inéditos que se hayan difundido en canales ajenos a la ciudad.
- 3.** En el caso de trabajos de estudios o investigación, tendrán un enfoque científico (presentación de la hipótesis, examen crítico, estado de la cuestión y apoyo bibliográfico y documental).
- 4.** La extensión máxima de los trabajos será de 20 folios, se presentarán escritos a doble espacio por una cara en Times New Roman a tamaño 12 y se acompañarán con un soporte informático donde estará almacenado en formato Word.
- 5.** En el caso de haber ilustraciones serán siempre en dibujo de línea, presentándolas cada una de ellas como archivos independientes a parte de tenerlas colocadas en su lugar correspondiente y con su pie dentro del documento Word citado en el punto 4.
- 7.** Los autores de los trabajos seleccionados para publicar en esta revista harán la primera corrección de las pruebas de composición.
- 8.** Los autores que presenten trabajos para su publicación aceptarán las condiciones de estas normas y entregarán sus trabajos de manera gratuita, percibiendo como derechos de autor 30 ejemplares.
- 9.** Cualquier otro tema relacionado con la publicación es materia de la Junta Rectora del Patronato Municipal de Cultura de Alcázar de San Juan, que se asesorará del Consejo de Redacción de la revista.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: José Fernando Sánchez Ruiz.

Jefe de Redacción: Edmundo Comino Atienza.

Maquetación: M^a Estrella Cobo Andrés

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Las estaciones de mi estación, José Luis Mata Burgos
2. Premio de Poesía de la Federación de Asociaciones de Vecinos, (Años 1991-1995)
3. Consideraciones sobre la villa romana de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), Carmen García Bueno
4. Suite de la casa en el campo, Amador Palacios
5. La antigua ermita ya desaparecida de Santa Ana, de Alcázar de San Juan (Ciudad Real), Rafael Rodríguez-Moñino Soriano
6. El ferrocarril dentro del casco urbano. El modelo de adecuación de Alcázar de San Juan (1850-1936), José Angel Gallego Palomares
7. La Mancha de Cervantes: evolución en el tiempo, Julián Plaza Sánchez
8. La arquitectura modernista en los pueblos de la Ruta Central del Quijote (Apuntes para su estudio), Ricardo Muñoz Fajardo
9. El Motín // Correo 021: Parada Accidental (Cuentos históricos), Mariano Velasco Lizcano
10. Bosque de niebla y Ricino para el amanecer (poesía), Antonio Fernández Molina.
11. Premios de Poesía de la FAVA. Dibujos de Ángel Vaquero.
12. La ruta de Don Quijote... y Azorín, Mariano Velasco Lizcano. Dibujo de portada de Ángel Vaquero.
13. Las vías de la modernización. Ferrocarril, economía y sociedad en la Mancha, 1850-1936. José Ángel Gallego Palomares.
14. Alcázar de San Juan: Cooperativismo 1900-1950. (La Equidad, La Alcazareña, La Benéfica, La Confianza, La Esperanza, La Popular, La Unión). Francisco José Atienza Santiago y Barbara Sánchez Coca.
15. La historia evangélica de la comarca de Alcázar de San Juan (Siglos XVI-XXI). José Moreno Berrocal. Dibujo de portada de Ángel Vaquero.
16. Evolución demográfica de Alcázar de San Juan 1857-1998. Soraya Sánchez Valverde.
17. Hombres y documentos del pensamiento en Alcázar de San Juan (1857-1998). Santiago Arroyo Serrano.
18. Alcázar de San Juan. Trágicos años 30. Sombríos años 40. Teófilo Zarceño Domínguez.
19. Alcázar de San Juan en guerra, 1936. La ruptura revolucionaria del campo tranquilo. Jose Ángel Gallego Palomares.
20. República y guerra civil en la Mancha de Ciudad Real (I). Los años republicanos. Bienio progresista 1931-1933. Apuntes sobre Alcázar de San Juan. Mariano Velasco Lizcano.
21. Colectividades en Alcázar de San Juan. Francisco José Atienza Santiago.
22. La política educativa de la Segunda República en Alcázar de San Juan: El Instituto de "La Covadonga". M^a. Teresa González Ramírez, M^a. Nieves Molina Ajenjo y Jesús Simancas Cortés.
23. Dos modelos de conflictividad social en Alcázar de San Juan durante la II República: La huelga de la siega y la revolución de octubre de 1934. Carlos Fernández-Pacheco Sánchez Gil y Concepción Moya García.
24. Las actas municipales durante la alcaldía de Domingo Llorca Server. Alcázar de San Juan. (Abril 1936-febrero de 1938). Miguel Ángel Martínez Cortés.
25. Violencia y guerra civil en la comarca de Alcázar de San Juan (1936-1943). Damián A. González Madrid.
26. Cartas Republicanas. Felipe Molina Carrión.
27. Comportamientos de la mujer alcazareña (1900-1950). Perspectiva histórica. Irene Paniagua Barrilero.
28. La violencia como factor político: revolución y contrarrevolución. José Ángel Gallego Palomares.
29. Un punto estratégico en la defensa de Madrid. Alcázar de San Juan 1936-1939. Felipe Molina Carrión.

30. La Biblia y el Quijote. José Moreno Berrocal.
 31. El Camarín de la Virgen del Rosario de Santa María la Mayor de Alcázar de San Juan: un estudio iconográfico y antropológico. Ana Belén Chavarrías Abengózar.
 32. Cruce de Caminos (2005-2007). Baudilio Vaquero Pozo.
 33. Certamen Literario de la FAVA (del XI al XV.).
 34. Patrimonio geológico y paleontológico de Alcázar de San Juan. Carriondo Sánchez, J.F., Sánchez Zarca, M.T. y Vaquero A.
 35. Apuntes para una historia del fútbol en Alcázar de San Juan I (Instalaciones deportivas). Enrique Fuentes, Sandra Octavio y Santiago Ramírez.
 36. Apuntes para una historia del fútbol en Alcázar de San Juan II (Personajes). Enrique Fuentes, Sandra Octavio y Santiago Ramírez.
 37. Caminos y Quinterías. Del Término Municipal de Alcázar de San Juan (La Mancha). Julián Bustamante Vela.
 38. Religiosidad Popular: Capillas domiciliarias. M^a José Manzanares y Rosario Vela.
 39. El Corral o Casa de Comedias de Alcázar de San Juan. Concepción Moya García y Carlos Fernández-Pacheco Sánchez-Gil.
 40. El consejo real en lucha contra la langosta: El caso de Alcázar de San Juan (1617-1620).
 41. En recuerdo de Rafael Mazuecos.
 42. Las Coplas de Fulgencia Monreal. Alba Sanchez-Mateos, Miriam Monreal Román y Sara Fermín Monreal.
 43. La Ermita de San Lorenzo de la Alameda de Cervera (notas históricas). Francisco José Atienza Santiago y María del Pilar Sánchez-Mateos Lizcano.
 44. Certamen Literario de la FAVA. Del XVI al XX (2007-2011).
 45. X Congreso de la Asociación de Escritores de Castilla La Mancha. Alcázar de San Juan, 30 de abril de 2011.
 46. Estudio de usuarios de la Biblioteca Pública Municipal de Alcázar de San Juan. Noelia Campo Fernández y José Fernando Sánchez Ruiz.
 47. La natación en Alcázar de San Juan: Apuntes históricos. Rebeca Camacho Carpio y María Pilar Valverde Jiménez.
 48. Instituciones Antonianas en Alcázar de San Juan. Luis Pérez Simón. O.F.M.
 49. La Venta Cervantina de Sierra Morena y el lugar de don Quijote. Luis Miguel Román Alhambra.
 50. Bibliografía de Alcázar de San Juan I. Francisco Atienza Santiago y José Fernando Sánchez Ruiz.
 51. Cuadernos de un maestro. Jesús Ruiz de la Fuente (1868-1942). Irene Gómez Lizano y Eva Carpio Abad.
 52. Cuentos históricos II. Mariano Velasco Lizcano.
 53. Bonifacio Octavio. Un poeta Alcazareño (1884-1956). Raquel Martínez Gil y M^a Virginia Leal Calatayud.
 54. Dos Ordenanzas del Siglo XVI referidas a la conservación de pastos y montes y a la creación del Pósito Municipal en la villa de Alcázar de San Juan. José Muñoz Torres.
 55. Teatro · Cine Crisfel. Vivencias en las décadas de 1950 y 1960). Alfonso Cenjor Orea.
 56. Inocente Monreal Espinosa "PEPE MONREAL". (Campo de Criptana, 1915 - Buenos Aires, 2001). Miguel Antonio Maldonado Felipe.
 57. Apuntes sobre el baloncesto en Alcázar de San Juan (Siglo XX). Santiago González Domínguez.
 58. Francisco Quiralte Romero. Notas Biográficas y Obra Literaria.
 59. Las iglesias de Alcázar de San Juan. Noche del Patrimonio I.
 60. Edificios Públicos de Alcázar de San Juan. Noche del Patrimonio II.
 61. Museos Municipales de Alcázar de San Juan. Noche del Patrimonio III.
 62. Anticlericalismo burgués en la prensa de Alcázar de San Juan durante la Segunda República (1931-1936). Marcial Morales Sánchez-Tembleque. Universidad de Castilla La Mancha.
 63. El Pósito Quintanar (Los pósitos y la beneficencia en Alcázar de San Juan) (S.XVI-XX). Carlos Fernández-Pacheco Sánchez-Gil y Concepción Moya García.
 64. Cien años de ciclismo: Alcázar de San Juan (1987-1997). José Luis Pinar Lorente.
 65. Contribución al estudio de las primeras intervenciones arqueológicas realizadas en la villa romana del barrio de Santa María de Alcázar de San Juan (Ciudad Real). Carmen García Bueno.
 66. Coleópteros de los humedales de Alcázar de San Juan. Pablo Pichaco García y Víctor Manuel Ramos Sánchez-Mateos.
-